

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 16 de LA MODA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XL.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,023.

SUMARIO.

Espada regalada al general Faidherbe; grabado. — Las Mujeres españolas. — Poesías. — La suscripción al em-

préstimo nacional; grabados. — Revista de París. — Lo que son cinco mil millones de francos; grabado. — Estudios históricos: La vida y hechos de Atila. — Las carreras de avestruz en el Jardín de aclimatación de

París; grabado. — Actualidades, por Bertall; grabados. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Eugenio Bœtz; grabado. — Los baños de mar de Cherburgo; grabado.

Espada regalada

AL GENERAL FAIDHERBE, POR LAS CIUDADES
DE AMIENS Y DE SAN QUINTIN.

El domingo 7 de julio entregaron al general Faidherbe, en Lila, la espada de honor costada por las ciudades de Amiens y de San Quintin, y á cuyo obsequio contribuyeron también otras varias poblaciones de la región del Norte.

La entrega tuvo efecto en casa del general, quien manifestó el deseo de que no se hiciera ninguna ceremonia pública.

El dibujo que damos representa la empuñadura de la espada, que es una obra notable y toda de oro.

El remate tiene una especie de escudo que corona una bola algo aplastada, con un botón encima.

La empuñadura, propiamente dicha, está adornada en una y otra cara con una figura de mujer en pie, que simbolizan: la primera, la ciudad de San Quintin, y la segunda, la de Amiens.

Una cabeza de mujer ocupa el centro de la base, y mas arriba hay un tarjeton donde se leen los nombres de las tres batallas que dió el ejército del Norte, á saber: *Pont-Noyelles, Bapaume, San Quintin.*

Dos genios alados sentados á los lados del tarjeton se apoyan en él con un codo, y en la mano libre tienen una palma.

Finalmente, la guarda se compone de una concha que representa el sol, cuya cara está velada en parte por una cinta, con esta inscripción: *Post tenebras lux.*

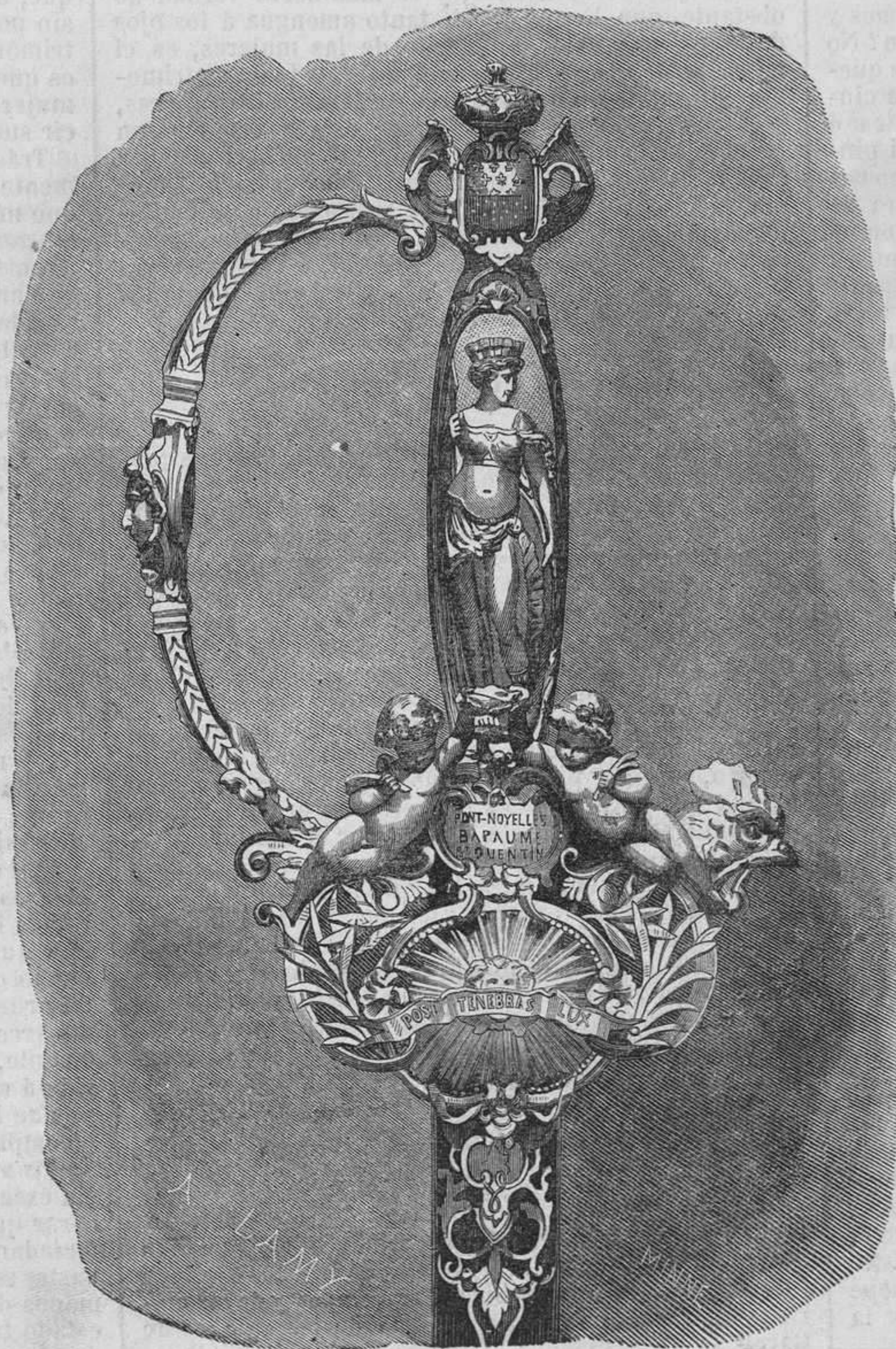
¡Después de las tinieblas la luz!
Así lo espera la Francia.

L. C.

Las Mujeres españolas.

(Conclusion. — Véase el número 1,022).

¿Quién no ha tenido la fortuna de ver cruzar por la calle alguna vez á la blanca y rubia niña que guía los tardos pasos del padre ciego? ¿Quién no ha observado el consumado y piadoso arte con que toda mujer hace al marido cariñoso hijo de su propia madre, quitándola poquito á poco de encima el desopinado título de suegra? Y si el marido, por raro acaso, persiste en tratar á la madre de su mujer como á verdadera suegra, poniéndose con ella en total discordia, la mujer, que en todo lo demás tan fácilmente es su cómplice, ¿le sigue ó secunda por ventura en semejante empresa? Raro debe de ser el caso, si existe. Lo que con frecuencia se halla en el mundo es la hija buena, que tiene que serlo ocultamente y en silencio, para no dejar de parecer á la par esposa sumisa. De aquí procede que jamás riña un matrimonio de verdad y por entero con otra suegra que la que viene de parte del marido. Todavía hay algo, además, que preferir suele la honrada y púdica doncella á los sueños encantados de su juvenil fantasía, y á sus flores, y á sus cintas, y á sus gasas, y á sus novios; que es el amor de la madre, y aun el del padre que necesita ó desea sus tiernos cuidados. Todavía tiene la mujer casada, que es casi como decir con casa, otra tan propia y mas que la suya, y es la de su madre. Raras veces el hombre recuerda, en el infern, á su familia durante los devaneos de los primeros años raras veces intenta quitar de su propia madre el mal sabor ú olor de suegra; raras, rarísimas, desde que tiene casa propia, vuelve á la paterna con afición sus ojos. La medida, en fin, mas segura del amor es la indulgencia, por mas que no convenga que esto sepan niños ningunos, ni muchos grandes. Y ¿es tan indulgente el padre como la madre, por ventura? ¿Es tampoco tan indulgente



ESPADA REGALADA
al general Faidherbe, por las ciudades de Amiens y de San Quintin.

el hijo cuanto la hija lo es para sus padres, si estos, que no es imposible, necesitan tambien de indulgencia?

¡Ah! Contentémonos los varones con haber regido el mundo por tantos siglos, sin otras que cortisimas excepciones de reinas, y con frecuencia desdichadas por cierto; contentémonos con que hoy pase por universal el sufragio, que nosotros exclusivamente, ni mas ni menos que el antiguo, poseemos y ejercitamos; contentémonos con legislar todavia solos para ambos sexos, y monopolizar, ó poco menos, las ciencias y las artes. Mientras podamos, que casi ya no podemos, acaso sea cordura conservar el privilegio de las ocupaciones intelectuales, las cuales quitarian á las mujeres el tiempo de que justamente disponen para preparar, al compás de una aguja maquinalemente ejercitada, los útiles y sabrosísimos engaños con que tan sin sentir nos llevan por donde quieren, poniendo al propio tiempo en sus manos un poder descomunal y ocasionadísimo á la tiranía. Espanta verdaderamente el pensar que puedan reunir un día las mujeres á los recursos imponderables, y nunca del todo gastados, que ya poseen, los que nacen del saber y de los derechos individuales. Mas, en el entre tanto, disputar tambien hoy la superioridad de sentimientos á la mujer, fuera de nuestra parte rigor excesivo.

Es esta femenina superioridad tan eficaz y fecunda, que se trasmite, cual delicado y suavísimo perfume, á todo hombre que sabe estimarla y emplearla en mejorarse á sí propio. Sustraído al influjo, no pasajero y ciego, sino permanente y racional, de la mujer, jamás llega un hombre á ser verdaderamente ilustrado y culto. Quizá se formaron mejor por otro sistema muy recios y tremebundos bárbaros, mas nunca atenienses; y bueno es advertir que cabe ser barbarísimos, como los persas de Jerjes eran, y caer vencidos con eso y todo por los amigos de las mujeres y de las artes, sus hermanas, ya en el campo de Maraton, ya en las aguas de Salamina. No he de atreverme á decidir yo aquí ciertamente, cuando no se atrevió á tanto el inmoral autor del *Elogio de la locura*, la difícilísima cuestion de si es posible siquiera comer bien á la mesa donde por lo menos una mujer no toma asiento. Pero en realidad Erasmo, aquel sapientísimo autor conocido con el seudónimo de Erasmo, admirado y solicitado á un tiempo por el papa Leon X y por Lutero, por Francisco I y por Carlos V, en su edad reputado monstruo de ciencia, y tenido en los siglos siguientes por uno de los mayores ejemplares de hombre que haya conocido el globo, debía de pensar para sí que ni á la mesa siquiera se puede estar sin mujeres, dando que ingenuamente confiesa que no hay, faltando ellas, banquete alegre. Con tal autoridad por delante, licito ha de ser para mí el afirmar esta verdad sin rebozo. Y si ni á comer bien aciertan hombres solos, con ser vulgarísima funcion de la vida, ¿cómo ellos, en su solo cabo, han de ejercitar aquellas obras sublimes y excepcionales del entendimiento y la imaginacion? No cabe negarlo, no, aunque el masculino orgullo se quebrante. La pura verdad es que nadie pinta, nadie cincela, nadie extrae sonidos inmortales de la música ó la métrica, sin que alguna mujer le inspire; ó si pinta, y cincela, y canta, de seguro desecha el tiempo sus informes é incompletas obras. Porque toda obra de hombre tiene por fuerza que serlo cuando él carece de musa; y aun por eso tantas son en rigor las musas como hombres hay que las merezcan, no mueve únicamente, cual mintió la fábula.

Advertase en prueba de ello, que quien por su mal no la tiene en casa, la busca y halla fuera, aunque sea con el solo fuero y titulo de amiga; que tambien cabe amistad con las mujeres, aunque lo duden muchos, y desinteresada y pura, sin dejar de ser tierna. Mas ¿qué digo caber? Lo que para mí tengo yo en suma es que no hay otra verdadera amistad sino la de la mujer con el hombre; porque ni el hombre estrena *toilettes*, ni la mujer aspira á la diputacion á Cortes, ni á jurar en ministerios mixtos ó homogéneos; porque ni el hombre de ordinario aspira á encadenar cuantos ojos le miran, ni la mujer á ser el mayor astro de la poesia, de la pintura, de la politica de su tiempo, como sin duda alguna pretende ser hoy en día todo el que poetiza, pinta ó politiquera; porque, en fin, los intereses todos de la mujer y el hombre pueden perfectamente concertarse y vivir en paz. Suprimid los intereses con la imaginacion, y dentro de esta imposible hipótesis vereis cuán fácil parece reconciliar y hacer amigos íntimos y constantes á todos los hombres. ¿Cómo no ha de poder, por lo tanto, existir buena amistad entre personas que no tienen unos intereses mismos, sino en contadísimos casos? De quien nunca, por ejemplo, será la mujer amiga, aunque por buena crianza lo finja, es del hombre que tenga intereses inconciliables con los del que ella ame; lo cual nace de causas bien obvias. Mas en general, ¿cuán desinteresada, cuán generosa, cuán dulce, cuán permanente, cuán serena, y sin celajes ni tormentas, para nosotros es la amistad de las mujeres! Ella si que ha de contarse por un beneficio del cielo, y no, segun Voltaire pretende, la de los grandes hombres; que en estos se ven cosas muy contrarias, y hálos siempre habido capaces de matar á cualquier amigo por fin y postre de un banquete, desde los de Alejandro Magno hasta nuestros días. No oso, con todo, desmentir enteramente al buen Lope en aquello otro que dijo tratando del hombre y la mujer:

Y desde amigos á amantes
Hay un paso de distancia.

Pero á mi parecer, esto procede de que si los intereses de los hombres y las mujeres suelen vivir en paz, no así sus pasiones; antes bien se advierte en las de ellos y las de ellas como un cierto secreto y recíproco impulso, que las mueve á producir entre sí *conflictos* (conforme ahora se dice en materia internacional), y aun á promover, segun á tal propósito escribí ya alguno:

Dulces guerras de amor y dulces paces.

Además, que si á la larga muchas buenas amistades paran en amor, casi de cierto puede afirmarse que la culpa es nuestra, porque la mujer siempre hace y comienza relaciones tales con intenciones purísimas; y es gran perfidia nuestra, aunque frecuente, saltar un corazon que abre así confiado sus puertas, para entrarlo á saco codiciosamente. Nunca aplicaré yo á este caso, de todas suertes, aquel sabidísimo refrán de que «*el mejor de los dados es no jugarlos.*» Dados son estos que deben jugarse; porque si la amistad engendra á las veces amor, no es por lo comun ninguna desgracia semejante suceso; y cuando tal no acaece, que tambien suele no acaecer, digase lo que se quiera en contrario, he afirmado ya yo, y aquí confirmo que semejante amistad no es nada menos que un beneficio del cielo.

Noche, por fin, sin luna ni estrellas reina en todo entendimiento que la belleza de la mujer no alumbrada con sus divinos resplandores; noche, como cualquiera otra así, enemiga de todo lo noble y lo bello, y encubridora de todo lo malo y lo feo. Por el contrario, cuando los sentimientos de una mujer, madre, hermana, esposa, amiga, amante, quien quiera en suma que ella sea, iluminan, purifican, perfuman el alma de un hombre, sobre todo si es alma grande, Dios realiza allí al punto las mayores de las maravillas de su poder. ¿No enseña esto de sobra la historia? Amó el Cid á Gimena como esposa; amó Garcilaso á Florida y á Elisa como soltero y galan que, si no esposa, busca amante; amó con castísimo y puro afecto, mas parecido á dulce amistad platónica que no á perfecto amor, el insigne Fernando de Herrera, y amó por cierto á «una muy principal señora de estos reinos» (segun escribió su contemporáneo y competidor Rioja), dándola entre varios nombres los de Luz, Lucero y Sirena; amó acaso de sobra el gran Lope, por lo que se va averiguando ahora; y han amado igualmente y por diversos modos los mas encometados de los vecinos de la tierra, desde Salomon hasta César, y desde César hasta el Dante, sin que se advierta en esto la diferencia menor entre los días del Dante y nuestros días.

Trabajo cuesta decirlo, y es manifiesta verdad no obstante, que lo que algun tanto amengua á los ojos de todos este evidente mérito de las mujeres, es el mirarlas de ordinario reducidas al estado de matrimonio. Murmúrase no poco, á la verdad, de las solteras, y de las solteronas no se diga; mas con razon tan corta, que apenas necesitan de mi oficiosa defensa esos tales estados de las mujeres. Porque si una mujer no ha encontrado nadie de su gusto que simultáneamente guste de ella, ¿qué ha de hacer sino, quiéralo ó no, resignarse con su soltería, ó mas bien *solteronia*? No es esto en ellas, no, vivir, cual dijo de los varones Jovellanos,

En cínica é infame soltería.

Vivir es tal y como ha querido Dios, y de creer es que, por lo general, como Dios manda; que si por ventura el ser soltera fuera pecado, preciso es tambien reconocer que en este va mucho mas manifiesta que en otros la penitencia. Mas si por evitar el tal pecado y excusar las burlas indiscretas de los que sin conciencia se atreven á zaherir el estado honesto, siendo el de la perfeccion, cual nadie ignora, corren algo presurosas, ó desaladas, y á cierra ojos, no pocas niñas solteras en demanda del alcalde y del cura de su parroquia; ¿qué tiene esto tampoco ni de particular ni de reprehensible? Y aunque fuera verdad, que no puedo creerlo, que sin pizca de amor se acercase tambien alguna que otra de tales doncellas al ara misteriosa del himeneo, únicamente atraída por el hermoso resplandor que dan á las cabezas femeniles las piedras preciosas, la justa admiracion que la delicadísima labor de los buenos encajes reclama, y las distintas y múltiples satisfacciones, en fin, que á la belleza y al orgullo ofrece un casamiento de conveniencia, ¿quién ha de tener la culpa de ello sino los pervertidísimos hombres que tan altamente desprecian, de algun tiempo acá, la honrada poesia bucólica, desdeñando á cualquiera dama que se contenta con ser

Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por abril de flores lleno?

¿Quién sino los hombres mal aconsejados, que dan hoy la palma á cualquier *Traviatta* de salon sobre toda Florida, Galatea ó Amarilis de los campos y de las marinas españolas, aunque sea digna de las églogas de Garcilaso, de las celebradísimas quintillas de Gil Polo, ó de las melancólicas barquillas de Lope? No es pues en estas cosas en las que suelen fijarse los críticos mal intencionados y sagaces para censurar á las mujeres,

sino, cual antes dije, en las que tocan al estado de matrimonio. Y por supuesto que tampoco hay que imputarle exclusivamente á este estado la produccion del tipo fatidico de la suegra, que no es mas en suma que la madre ajena, y una especie de madrastra de la mayor edad: tipo que ha dado que hacer, sobradamente por cierto, á la antigua musa satirica para que, aunque fuese debido, que quizá no lo fuese, pareciera ya generoso el sacarle á plaza de nuevo. En lo único en que quiero aquí convenir, es en que al lado de las novias, ó de las recién casadas, justísimamente hace toda mujer antigua, suegra ó no, un papel poco airoso. Mas dejándome de una vez de digresiones, voy ya á demostrar brevemente que lo que tiene en realidad contra sí el dicho estado de matrimonio, es que él resume y encierra cuanto de trabajoso y fatal hay en la vida humana, y por consecuencia, de prosáico.

Porque si el hombre y la mujer nunca pasaran de ser inocentes niñas ó niños, de esos que, vestidos de mil colores y sin malicia ni cuidados, bailan y cantan á coro en los paseos y plazas públicas; si siquiera se conservaran perpetuamente el candor, la frescura, la irresponsabilidad y la ausencia de obligaciones y afares, de que ambos sexos gozan durante la adolescencia y hasta que llega la naturalidad del matrimonio, sobre ser este estado inútil, dado que tales hipótesis suponen la absoluta inmovilidad de la vida, no cabe duda que, hasta en los mejores ejemplares, merecía ser el matrimonio odiado, proscrito y tenido por institucion dañosisima. Mas la mujer y el hombre tienen que pasar en esta vida por caminos harto mas ásperos que la niñez, la adolescencia y la juventud misma; tienen que proseguir la obra de Dios (que se limitó á formar, directamente y por sobrehumanos procedimientos, un hombre solo y una sola mujer); tienen que tomar sobre sí, cuando la vez les llega, las pesadas obligaciones que en sus infantiles y mas floridos años corrian á cargo de abuelos y padres; tienen que asociarse y habitar una casa comun, no ya solo para satisfacer los voluntarios deseos del corazon, sino para cumplir inexcusables deberes; todo lo cual se realiza durante el matrimonio, y por medio del matrimonio mismo. ¿Cómo extrañar pues, que se eche tantas veces la culpa á este estado de lo que, cuando mas, será culpa de la gula de Eva y Adan, ó bien de la natural imperfeccion con que el hombre vive esta vida finita y transitoria? Lo que hay que ver para juzgar sin injusticia al matrimonio en general y á la mujer durante el matrimonio, es si dentro de ciertas edades, y dadas las circunstancias que irremediamente producen ellas, hay ó no estados mejores, y en que el hombre goce mas padeciendo menos. Plantear de tal suerte la cuestion y resolverla, será todo uno para los hombres experimentados. Ni entre ellos faltará quien piense que, aparte de otras ventajas menudas y notorias, y sin ponerse en lo mejor, ni mucho menos, tiene el matrimonio una muy singular, y tambien muy cierta, y es que, bien contados cuantos disgustos originan las mujeres, la que de todas ellas menor cantidad producir suele, es la propia y legitima.

Tráeme ya esto como por la mano á tratar especialmente del amor conyugal, comenzando por advertir que muy poco realmente es aplicable á este de cuanto en general he dicho sobre amores; y el quedar tan importante materia hasta aquí á un lado, ha sido porque antes de considerar bajo tal aspecto á la mujer casada, queria decir algo, segun he dicho, de sus otros aspectos de hija y madre.

No es el verdadero amor conyugal, como el amor de hombre y mujer suele en otros casos ser, pasion arrebatadora y ciega. Singularmente en la mujer, el amor conyugal no es ya un sentimiento sencillo ó simple, sino que se compone de muchos combinados. Es tambien amor á la parte ya pasada de la vida y á lo que de ella queda y ha de sobrevivir, que son los hijos comunes; es amor á un hombre que fué el mas favorecido y dichoso de los amantes cierto día, que ha sido luego el mas íntimo y constante de los amigos, que es el probable compañero de la vejez, y tambien el colega probable de la tumba; es apego y afecto á la casa comun de dos y á los bienes y honras igualmente comunes; es, por último, todo en el mundo para la mujer fiel, y mucho mas de lo que por lo general se piensa para la mujer misma que yerra el camino derecho. Así es que en esto del amor conyugal hay fenómenos singularísimos, que en vano la razon negaria cuando los señala con el dedo la experiencia. Son, por ejemplo, escasos los consortes infieles que no amen mas, á pesar de eso, y sobre todo estimen mas al consorte burlado que al caro objeto de su ilegítimo amor. Y si en medio de los peligros de un incendio pudiera hacerse tal prueba, veríase, no sin asombro, cuán poquitas mujeres dejaban de acudir antes al marido que al amante, y qué raros maridos preferían salvar su querida á su mujer. Esto supuesto, fácilmente se explica ya que los extravíos conyugales no sean de todo punto incompatibles con el cumplimiento de algunos otros de los varios deberes que el estado de familia impone, sin exceptuar el de cuidar con cariñoso esmero y procurar que viva feliz el propio consorte á quien disimuladamente se falta. Mas si tan ventajoso aparece hasta en los matrimonios irregulares, donde uno al menos de los cónyuges cae en pecado, ¿qué no será estado tal para la pareja afortunada que encuentra todo placer, y todo anhelo, y toda felicidad sin salir de sí misma? ¡Ah! La vida es harto complicada, y sobrado larga para que sea fácil acertar con el buen camino constantemente. Por eso mismo son mas dignas

de aplauso y hasta de admiración las criaturas que aciertan en lo más ó lo más importante de la jornada. Y pues todos hemos de convenir en que la mujer es más débil que el hombre, y que tiene que luchar con mayores enemigos, por ser en apariencia menos fieros y peligrosos, fuerza será reconocer también que cuando nunca yerra, alcanza sobre nosotros una superioridad moral incommensurable.

Así es la verdad sin duda alguna; que ninguno de nuestros varoniles méritos llega, si bien se mira, al de la perfecta mujer. Cerrar los ojos y encomendarse á Dios y marchar á una brecha despreciando la muerte, cosa es que algunos meses de instrucción; de disciplina y de espíritu de cuerpo enseñan á un soldado cualquiera. Pero elegir de una vez amante y perpetuo compañero en la vida; encerrar así toda ella, y de improviso, en un cuadro donde luego no caben correcciones ni arrepentimientos; endurecerse para un solo efecto el corazón, y hacerlo inflexible; vedar el vuelo á la propia fantasía por los azules, rojos, infinitos y espléndidos espacios imaginarios, contentándola con una realidad imperfecta, como toda realidad terrenal; prendarse exclusivamente de las austeras facciones y los atractivos apreciabilísimos, pero áridos, del deber, y olvidar además agravios casi siempre recibidos, y sacrificar entusiasmos alguna que otra vez fundados, y resignarse á la soledad del hogar común (mientras los hombres satisfacen fuera cien pasiones de otra índole, ó se entregan por su parte al frío descanso que la posesión y el tiempo engendran); todo eso es difícil para las mujeres, muy difícil. Ni hay que echar en saco roto que el diablo sabe decir al oído de ellas suavísimas y discretísimas cosas, como puede ver quien posea en su librería el *Paraiso perdido*, de Milton, aunque sea en la calumniosa traducción del canónigo Escóiquiz. Primero requiebra el maligno, después compadece; ya tiente la vanidad de lo presente; ya despierta las ilusiones de lo porvenir; y verdaderamente se pone casi irresistible, si hemos de creer á Milton, que no parece sino que oyó la primera y más perjudicial de las conversaciones de esta especie. De aquí proviene que los premios de este mundo parezcan cortos y desproporcionados á virtud tamaña, y lo son efectivamente; por lo cual se los piden á Dios de continuo las que los ganan, ó piensan y quieren ganarlos. ¡Dichosa mil y mil veces, en suma, la matrona fuerte y casta que atraviesa al fin incólume la vida! ¡dichosa la familia que la posee! ¡dichosa sobre todo el alma de esposo cuyas puertas no golpea jamás la duda importuna! Este último, principalmente, debe levantar agradecidísimo á Dios sus ojos, porque de él, á la verdad, recibe uno de los más difíciles de obtener, y el mayor y el más duradero de los bienes terrenales.

Cuanto queda expuesto pertenece con evidencia á aquel orden de cualidades ó condiciones que al principio dije ser propias de todas las mujeres, cualesquiera que sean su origen y patria. Ahora debería ya yo tratar de las mujeres de España, principal y hasta único asunto de este libro; mas faltanme competencia y espacio de una parte, y temo de otra burlar la justa impaciencia de los escritores doctísimos que están encargados de describirlos. Ni sé si del todo me pesa, porque yo debo de tener mis inadvertidas parcialidades como todos, y no querria ser ó parecer injusto en tan delicada materia, ni incurrir por nada del mundo en el enojo de mujer ninguna que sepa decir ciertas palabras que sé yo en cualquiera lengua, cuanto mas en la mia propia. Aun con extranjeras debe costarle gran pena reñir á cualquier hombre honrado; y eso que suelen ser de aquellas de *te vi y no me acuerdo*; y por lo que hace á las de nuestras provincias peninsulares y ultramarinas, no hay que ponderarlo, que se pondera ello mismo.

De mí sé decir que hasta en el fogoso patriotismo que mi corazón siente arder, cuando oigo hablar del impio propósito de separar de España las remotas provincias que la restan en el Atlántico, entra por algo, y por mucho, el miedo de no llenar en adelante con el nombre halagüeño de compatriotas á las dulces y lánguidas paisanas de los cocoteros y de los bambúes. Pero ¿qué mucho, si cuando en mis viajes he hallado á orillas del Tiber ó del Rhin las ojinegras bellezas de Chile, del Perú ó del Rio de la Plata, nunca he acertado á comprender ni disculpar que dejaran ir de sus manos nuestros padres los terrenos bienhadados que las crían? Ciertamente que por acá en la Península las hay también hermosísimas, encantadoras y buenas y santas, así de las orillas del Miño como de las del Llobregat, y así de las faldas del Pirineo como de las de la sierra Carpentana. Viviendo todas bajo un propio cielo, natural es que el sol casi por igual reparta entre ellas su ardor y sus colores. No hace falta pues que en especial hable de ningunas, y mucho menos de aquellas que, sin decirlo, prefiero yo acá para mis adentros entre todas las mujeres. Hijas de las mismas espumas que el mar estrella en los azules promontorios de Italia y Grecia, son por cierto las Venus mortales en quienes al tiempo de escribir esto estoy pensando, no sin algun riesgo de dejar traslucir indebidamente los secretos de mi gusto particular. Recuerdo ahora, no obstante, y no acierto á callarlo, que los pies de estas Venus que digo, suelen ser mucho más menudos que los de la Venus griega, y más acentuados también los hoyuelos alegres de sus mejillas, y más ardientes sus ojos, aunque, á decir verdad como hombre de bien, cuantas imágenes he visto yo hasta aquí de la antigua diosa de la hermosura tienen los ojos en blanco. ¿Ni quién ignora que el tiempo ha bor-

rado impiamente los ojos y el color de las estatuas pintadas? De parecerse en tanto á alguno de los particulares simulacros de Venus las españolas cuyos nombres tengo ya en la punta de la pluma, no es sino al de la de Médicis; y no me pesa, dicho sea con el supremo respeto que la de Milo merece; que al fin y al cabo, de lo que aquí trato es de amor, no de alta y profunda y sabia crítica.

Pero hasta de señas, no sea que por ellas se conozca al fin y al cabo el tipo de mujer hermosa que me ha dado más que hacer en este mundo hasta ahora. Mi propósito era, y es aun, como autor de un prólogo, no enaltecer á la mujer de ninguna de las provincias de España á costa de las de otras, puesto que todas por igual me parecen dignas de inagotable admiración y fiel amor. Si algo se advierte mi preferencia, con todo, téngase para perdonármelo en cuenta que esas mujeres cuyo vivo recuerdo me impide ser aquí más reservado, suelen vagar, como la Diana de Gil Polo y la Mirta del buen maestro Gonzalez, por las costas españolas de Levante y Mediodía, donde vuelcan perezosamente sus aguas el Guadalquivir, y el Segura, y el Guadalhorce, y el Guadalquivir; y que en ese mismo abierto ángulo ó rincón de Europa que desde la creación tal vez ennoblecen los mirtos y las espléndidas adelfas, y tantos siglos hace adornan los naranjos asiáticos y las africanas palmeras, nació mi buena madre, nació la infortunada y dulce mujer con quien quise en vano compartir mi vida entera, y nacieron también las niñas celestiales que allá en el albor de los años me dieron á sospechar por primera vez todo lo que vale el sexo de Eva.

Y aquí pongo ya punto, no sin temor á la crítica, pues de seguro habrá quien tache este prólogo de injustísimo para los hombres y de parcial para las mujeres; mas ¿por ventura no está dedicado á ellas el presente libro? ¿Qué hombre bien criado ofrece rosas sin quitar antes todas ó las más de las espinas? Si, cual otros piensan, hay mas mujeres que parecen constantes de las que real y positivamente lo son, y mas de las que se fingen que de las que se sienten realmente infelices por causa de nuestras veleidades; y las hay también habladoras, curiosas mas que amantes, ambiciosas, avaras, callejeras, ni mas ni menos que en nuestro feo sexo, váyase en todo caso por los innumerables prólogos, y dedicatorias, y tomos enteros, solamente consagrados á alabar hombres, con poca razón, ó sin razón alguna. A nadie, por otro lado, debe pesarle de andar algo engañado en este punto; porque (si es que se da caso tal, aunque yo no lo crea), no ha de haber seguramente tan desconsolado y cruelísimo desengaño en esta vida, como el de llegar á entender, tarde ó temprano, que no era diamante duro, transparente y raro, sino deleznable, oscuro y comun vaso de barro la mujer que llenó un día toda el alma; aquella que solo penetrara en lo más recóndito de nuestro pensamiento; aquella de quien ni siquiera escondiéramos nuestras flaquezas; aquella á quien llegaríamos á venerar y hasta adorar, cual si fuese ejemplar único, ó verdadero arquetipo de su sexo, y la mayor semejanza humana del Divino Creador. Y si tanto mal producir puede el desengaño de una mujer sola, ¿qué será del hombre infeliz que deje de creer á un tiempo en todas las mujeres?

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Poesías.

MI SERRANA.

Por la falda del monte
Bajando viene
La que en redes de amores
Preso me tiene;
Que es la serrana
Mas fresca y mas hermosa
Que la mañana.

Con su voz placentera,
Rica en dulzura,
Canta y baja del monte
A la llanura;
No sabe, ingrata,
Que su acento divino
De amor me mata.

Azul es el vestido,
Negro el corpiño,
Limpia la cofia y blanca
Como el armiño,
Y en dulces ondas
Cruzan sobre su espalda
Dos trenzas blondas.

Cual su corpiño negro
Son mis pesares,
Que enturbian sus desdenes
¡Ay! mis cantares,
Y en vano imploro
Tan solo una mirada
Del bien que adoro.

Ella, por quien la mente
Remonta el vuelo
Y en la region se pierde
Del alto cielo,
Cree que deliro
Y deja que dé al viento,
Cruel, mi suspiro.

JOSÉ ANTONIO DAUBON.

LA CELOSA.

No quiero que á otra mires, angel mio,
Mi bello trovador,
Que allá mi mente con fatal delirio
Piensa divides tu amoroso ardor.

Ni quiero pienses en aquellas bellas
A quien amaste ya;
No, que presumo son queridas ellas
Y martir vivo, con mi fino amar.

Las dulces trovas que á sus piés pusistes
Las quiero rasgar yo;
¡Y así pudiera á cuanto tú quisiste
Despedazar!... lo hiciera con furor.

Ninguna, no, ninguna te queria
Como te quiero yo,
¿Verdad que no... hechizo y dicha mia?
¿Verdad que no? ¡Consuélame por Dios!

Júrame con verdad que no has querido
A nadie como á mí.
Y no me engañes, por mi amor te pido
Desvaneczas mi loco freuesí.

Que mas deseo, trovador amante,
Mis celos deponer,
Que aquel feliz y suspirado instante
En que premie tu mano mi querer.

Á UNA FUENTE.

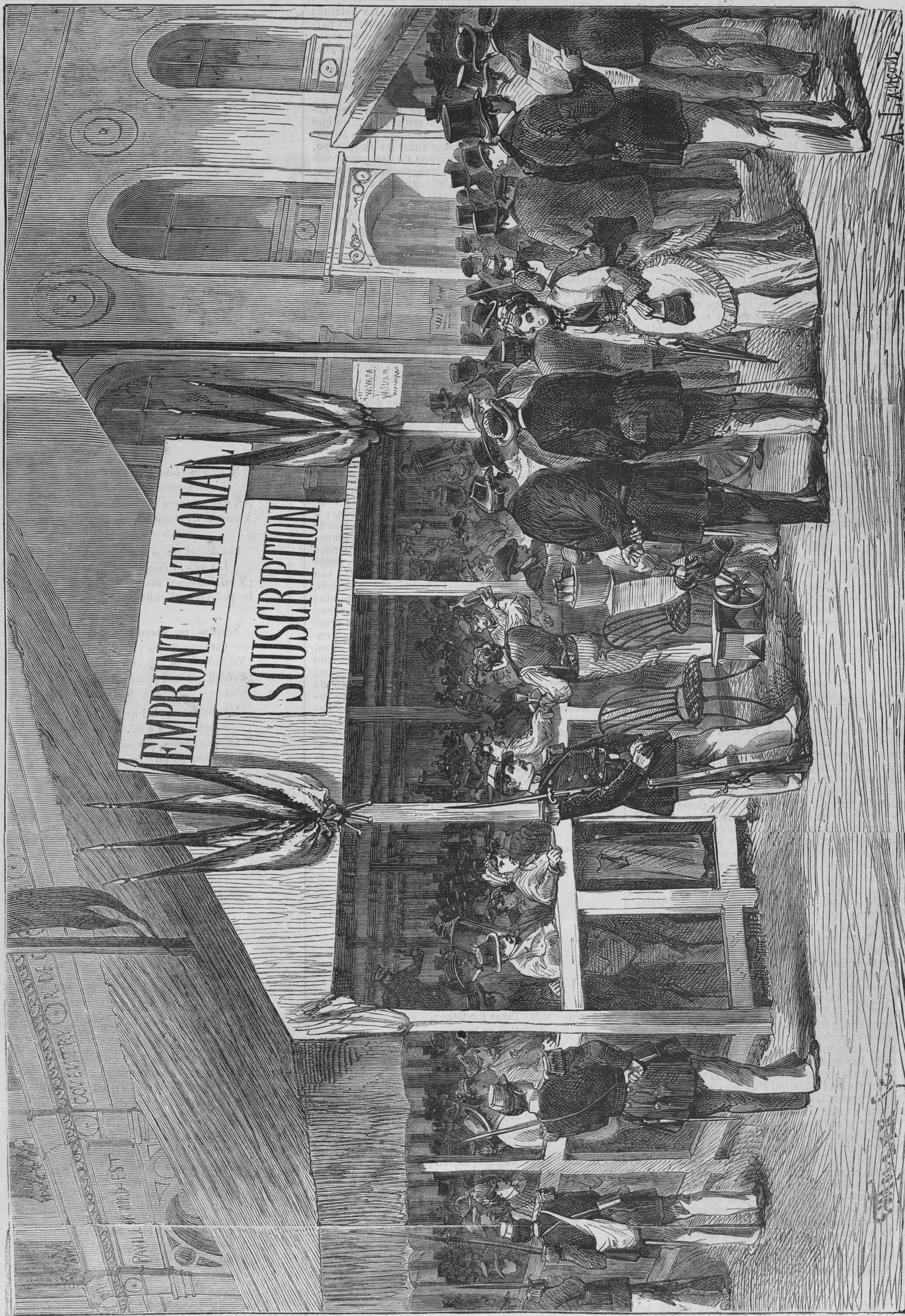
De la raja de una peña,
Brotando líquida y fria,
Sales á la luz del dia,
Feliz, alegre y risueña.

La verde alfombra humedeces
Del prado con tu caudal...
Mas pronto en seco arenal
Te consumes y pereces.

— Así la tierna ilusion
Engendrada en nuestra mente,
Vive un rato floreciente
Regalando al corazón.

Y cuando nuestra ansiedad
Corre hácia el bien peregrino,
Encuétrase en el camino
Con la fria realidad.

MANUEL G. ALVAREZ.



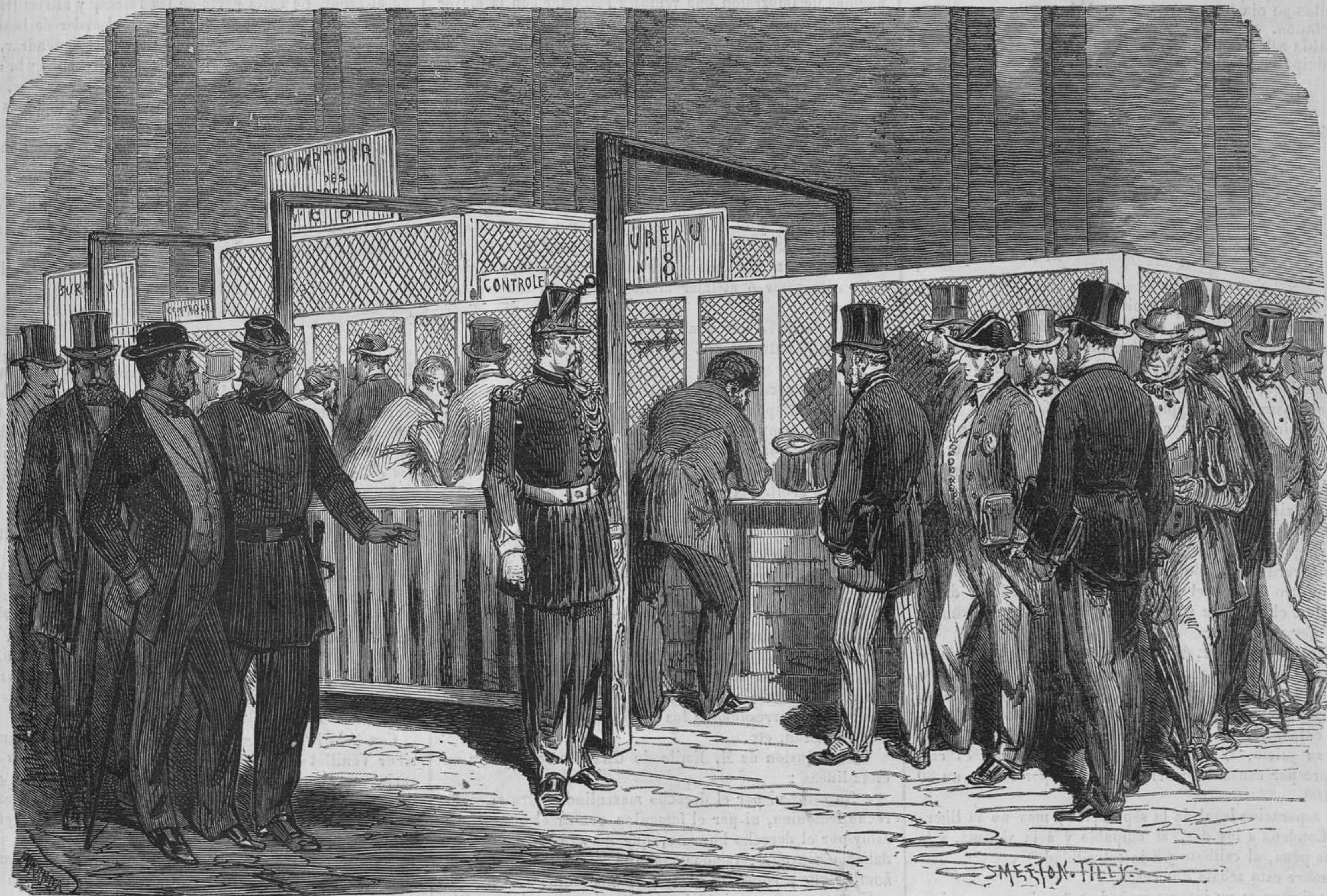
EL EMPRÉSTO FRANCÉS DE 3,000 MILLONES. — Los suscritores en el Palacio de la Industria.

Curiosos

A. L. HUBERT



EL EMPRÉSTITO. — Las suscripciones de 5 á 10 francos de renta.



EL EMPRÉSTITO. — Las suscripciones superiores á 10 francos de renta.]

La suscripción al empréstito nacional.

Publicamos varios dibujos relativos al empréstito de los 3,000 millones, y aunque los de las páginas 124 y 125 se explican suficientemente por sí mismos, añadiremos sin embargo algunas líneas.

Un tiempo magnífico ha favorecido las operaciones del empréstito. A media noche del sábado 27 de julio la multitud principió á tomar por asalto los puntos mas próximos á los despachos de papeletas de suscripción. La borrasca del día anterior refrescó la atmósfera, así es que los primeros suscritores al empréstito han podido aguardar en los puestos que han conquistado que se abrieran los despachos, sin que les molestara el calor, pues que la temperatura estuvo blanda por la noche y casi fresca.

En la plaza de Vendome, en las calles de Provenza y de Bergere, en todos los puntos en que hay importantes establecimientos financieros, se hallaba apiñado un numeroso gentío. En muchos sitios, á pesar de las precauciones tomadas, ha estado interrumpido por algunos momentos el tránsito público.

La afluencia de gente ha sido en especial muy extraordinaria en las inmediaciones del Palacio de la Industria, donde, como es sabido, se hallan desde que fué incendiado el ministerio de Hacienda las cajas del Tesoro.

Durante toda la noche ha habido muchísima gente en las avenidas próximas á ese palacio. No todas las personas que allí se veían eran suscritores; las había con el único objeto de guardar puestos y de cederlos á buen precio.

Imposible sería descubrir las variadas escenas á que daba margen ese afán de especulación. Hombres ha habido que han regalado á otros el almuerzo que traían consigo para poder ocupar puestos mas preferentes. Veíanse allí mujeres con niños de pecho en sus brazos conservando impertérritas sus puestos. Algunos pilluelos hacían prodigios de gimnástica para escalar una barrera y ganar sitio en las filas de la gente que aguardaba.

A las nueve toda aquella multitud prorumpió en una gran gritería. Era que acababan de abrirse las puertas del despacho. Toda el ala occidental del edificio estaba ocupada por una gran tienda, en la cual iban entrando los suscritores. A trechos había haces de banderas tricolores y escritas estas palabras: *Empréstito nacional. Suscripción.* Y luego una indicación de las sumas que en cada despacho se admitían.

Era en verdad curioso ver aquella multitud en que figuraban todos los trajes, desde el gaban hasta la blusa, en que, en medio de confusos gritos y de carcajadas se oía la voz de los vendedores de agua fresca y helados.

Había allí para conservar el orden varios guardias municipales y algunos centinelas. M.

Revista de Paris.

El eminente publicista Emile de Girardin á quien se encuentra siempre sobre la brecha en todas las cuestiones de actualidad palpitante, ha tomado la pluma esta semana no para tratar del empréstito, ni de las vacaciones de la Asamblea, ni del mejor gobierno que conviene á la Francia, asuntos todos que figuran en la órden del día de las discusiones de la prensa, sino para contestar á Alejandro Dumas, autor del opúsculo ya célebre, puesto que lleva diez y siete ediciones, titulado: *el Hombre-mujer*, del que hace pocos días hablábamos á nuestros lectores en estas crónicas. Celoso sin duda de la boga que acaba de obtener el fecundo autor dramático con ese escrito de título singular, y de conclusiones no menos extrañas, Emile de Girardin ha dado también á la estampa sus opiniones en otro folleto del mismo aspecto tipográfico y denominado: *el Hombre y la mujer*, *el Hombre soberano y la Mujer vasalla*.

Sabemos ya que M. Alejandro Dumas expone en su nueva obra la misma teoría que ha desenvuelto en la acción de una de sus últimas obras, la *Princesa Jorge*: esto es, la impotencia de la ley para castigar al esposo ó á la esposa culpables.

A su juicio, si las mujeres son delincuentes es casi siempre por causa del marido, en la proporción de un 80 por 100.

La separación legal da la separación; mas no la libertad. Condena á los dos, al culpable y á la víctima, á la misma pena, al celibato y á la esterilidad.

Y sobre esto señala dos casos.

El primero es un joven engañado antes de su casamiento, y que apela á la ley.

La ley le dice:

— Se va á anular la paternidad y podrás separarte de esa mujer infame.

— ¿Y me podré casar con otra?

— No por cierto, antes de que ella muera no podrás volver á casarte.

— ¿Y si vive mas que yo?

— No te casarás nunca.

— ¿Y si yo quiero amar y quiero tener hijos que lleven mi nombre?

— Imposible.

— Es abominable.

— Pues es así.

El segundo caso, el contraste, es el siguiente:

Dos jóvenes de buena familia acaban de casarse, y el novio en cuanto sale de la alcaldía desaparece llevándose el dote.

La joven acude á la ley, y empieza el diálogo:

— Es verdad, te has casado con un pícaro.

— Es una desgracia; pero ¿no puedo recobrar la libertad?

— No.

— ¿Qué debo hacer pues?

— Esperar á que vuelva.

— ¿Y si no vuelve?

— Esperar á que muera.

— ¿Y si no muere?

— No hay nada que hacer.

— ¿Y si yo amo á otro hombre?

— Cargarás con la deshonra; no hay otro desenlace.

Alejandro Dumas que, por lo visto, se encuentra en esta calle sin salida cada vez que sus dramas tropiezan con una situación semejante que, dicho sea entre paréntesis no son pocas, busca una solución que le saque para siempre de su eterno apuro.

Dos desenlaces cree posibles el celebrado autor dramático y son: 1º el divorcio, y 2º el asesinato.

Pero el asesinato no es solución, contesta Emile de Girardin, porque á la vuelta de él está el jurado que condena aunque con circunstancias atenuantes, esos arrebatos de indignación del honor ultrajado.

En cuanto al divorcio M. de Girardin admite que es preferible á la separación de cuerpos y de bienes como la concede la ley; pero queda pendiente la cuestión de los hijos; y sobre esto añade que veinte años de reflexiones y de observaciones le han afirmado en el pensamiento de que no hay mas solución que la que publicó en 1852 con este título: *LA LIBERTAD EN EL MATRIMONIO POR LA IGUALDAD DE LOS HIJOS DELANTE DE LA MADRE.*

Hé aquí las ventajas de esta teoría expresadas en largas páginas de impresión que vamos á extractar con la mayor brevedad posible.

La estadística dice que en Paris, de 2,84 criaturas que nacen y pasan por legítimas, hay una ilegítima.

Mas de la tercera parte.

Esta cuestión queda pendiente con el divorcio.

¿Cómo resolverla de otro modo que con la libertad en el matrimonio fundada en el principio de la igualdad de los hijos ante la madre?

Con esa libertad el feudalismo conyugal pierde sus derechos y la humanidad recobra los suyos. La mujer cesa de ser vasalla y el hombre soberano, y por lo tanto no tiene ya derecho ni para perdonarla ni para matarla.

La mujer entra en plena posesión de su autonomía para amar ó respetar ó estimar al hombre según sus merecimientos.

El adulterio «ese crimen de invención social que no existe en la naturaleza,» cesa de aumentar la nomenclatura penal.

La mujer recobra plenamente la autoridad materna de que la han despojado abusivamente leyes arbitrarias.

Se suprime una fuente de suicidios, de abortos y de infanticidios y por lo tanto se aumenta la población.

También cae por sí misma toda distinción legal, toda distinción arbitraria entre hijos legítimos ó llamados tales, y los que se califican de ilegítimos. «Una madre no puede tener bastardos,» como dice el derecho romano.

La mujer cesa de estar en perpétua tutela. Desde que es mayor de edad goza y dispone de la fortuna que la pertenece.

No existe ya la falsa y escabrosa cuestión de la investigación de la paternidad, inagotable origen de abusos, de pleitos y de escándalos.

Finalmente, se acaban las cuestiones que resultarían con el restablecimiento del divorcio, sobre á cuál de los dos esposos corresponden los hijos, ó cómo se repartirán, y se educarán, etc.

La conclusión de M. Emile de Girardin se encierra en estas líneas:

«No estoy ni por el derecho masculino contra el derecho femenino, ni por el femenino contra el masculino; estoy por el derecho humano, que no admitiendo el feudalismo conyugal, tampoco admite como solución ni el hombre que perdona ni el hombre que mata.»

Vemos pues, que si Alejandro Dumas se queda á medio camino en la solución (no tomando en cuenta el recurso eminentemente dramático del puñal ó el revolver) en cam-

bio Emile de Girardin no se anda con escrúpulos: nos presenta como remedio supremo un estado social que nos acercaría muchísimo á los mormones.

No nos parece necesario rebatir argumentos de tal especie.

Suponer que los hijos deben llevar el apellido de la madre, no el del padre, equivale lisa y llanamente á la supresión de la familia.

No se han escrito tales ideas en Paris sin su correspondiente correctivo.

Por todas partes aparecen nuevos folletos, sin contar los artículos de la prensa, poco favorables, en su mayor parte, á Girardin y á Dumas.

El adversario principal que han tenido las tales soluciones, es M. Veuillot, que en una serie de artículos dignos de ser leídos, restablece la cuestión en su verdadero terreno; pues el lector habrá echado de ver que tanto Alejandro Dumas como Girardin, no parecen recordar que el matrimonio es algo mas que un contrato legal, y que no todo el mundo, ni aun en Francia, pone al mismo nivel la alcaldía y la iglesia.

«Cuando Dios llegó al paraíso para castigar á nuestros primeros padres, dice M. Veuillot, eran las doce del día, á la hora en que se eleva un venticillo fresco y apacible. Vino como á pesar suyo, lentamente, después de haber esperado; trajo el arte de los vestidos á los que van á sufrir el rigor de la intemperie y les dejó la austeridad del matrimonio indisoluble para cubrir con un manto de bendición y de honor la trasmisión sagrada de la vida.»

M. Veuillot hace seguidamente la historia del matrimonio al través de las terribles aventuras del género humano; y le muestra siempre firme, siendo siempre el ideal de gloria de la esposa y la honra del esposo.

El divorcio no fué mas que una derogación impuesta por el vicio.

¿Qué bien nos pinta la necesidad de que el matrimonio sea indivisible!

«La unión es mas fuerte entre esposos que entre hermanos y hermanas. Y esa fuerza superior del matrimonio proviene de la ley de Dios, mas poderosa que la de la naturaleza, y la misma naturaleza lo dispone así para secundar la ley de la reproducción humana, cuyo cumplimiento exige tantos cuidados y tanta lentitud. Se necesita esa adherencia permanente para cuidar de la larga infancia del hombre, para terminar su educación sin la cual la reproducción no existe. Los padres, fuera de sí mismos y de lo que se deben recíprocamente, tienen un mismo deber de sacrificio procedente de un mismo amor. El amor, dice San Juan Crisóstomo, sube en el hombre como la savia en el árbol. La savia parte de las raíces, y allí se trasmite en frutos. El hombre no consagra el ardor de la ternura á sus padres, sino á los hijos que debe engendrar. Por esto la indivisibilidad necesaria entre el esposo y la esposa, la quiere también la naturaleza obediente á Dios. «Dos en una sola carne,» ¿puede darse una expresión mas fuerte de la indivisibilidad?»

M. Veuillot copia de un antiguo autor francés una opinión sobre el matrimonio, que resume la doctrina católica.

Según esta opinión, el hombre y la mujer no se entregan el uno al otro sino para servir á la conservación del mundo, á la propagación de su especie, así como también para ayudarse el uno al otro en las dificultades de la vida, y vivir en la sociedad de la verdadera religión, y de las buenas costumbres; para trabajar en la educación, instrucción y sostenimiento de los hijos á fin de que un día llenen el cielo y contribuyan á la gloria inmortal de Dios, que es el objeto final del matrimonio y de todas las cosas bien ordenadas. Los casamientos por capricho no duran mucho tiempo en paz, tanto mas cuanto todo amor que nace de corrupción se cambia fácilmente en odio, y lo que tiene mal principio tiene mal fin. Entonces vienen los celos, los adulterios y las traiciones.

Esto escribía Luis Bail, doctor de la Facultad de Teología, que actualmente podría publicar también su folleto sobre el matrimonio, la cuestión á la moda, en la literatura y en el público.

Tenemos á honor consignar que nuestro parecer cuando examinamos de primera intención la última obra de Alejandro Dumas, se encuentra de acuerdo con el de M. Veuillot en un punto importante de esta materia.

Decíamos que Dumas en su pintura de la sociedad, toma la excepción por la regla, y por consiguiente, sus deducciones aplicadas á la generalidad son falsas por la base.

Con toda la fuerza de su estilo sóbrio é incisivo, monsieur Veuillot dice lo mismo. Dice que los pintores literarios de nuestro estado social, no quieren ver la gran masa estable que vive y trabaja honrosamente, educando y conservando á la familia, y legando el orden á la posteridad.

Y sobre esto deplora amargamente que sea Alejandro Dumas uno de los hombres que cierran los ojos á la verdad y se complacen en la excepción impura.

Es notabilísimo el juicio crítico de M. Veuillot sobre Alejandro Dumas.

No es posible analizar estas brillantes páginas; traduciremos algunos periodos:

« M. Dumas tiene cualidades que podrían elevarle mucho si no se contrariasen. Es cierto que agradan en sus contradicciones, pero nada más. Se ve, sin embargo, que no es eso todo lo que él desearía, pues pertenece al gran número de los que buscan el *esprit* y al cortísimo de los que le encuentran. No obstante, si siente la felicidad de buscar, siente también la desgracia de haber buscado, y no disfruta sino a medias, del mérito muy raro de no estar contento de lo que hace. Descubré; pero su tacto literario y su lógica le dan a conocer que hay muchos vacíos en sus descubrimientos. No está seguro de la solidez de sus rasgos más brillantes y no se aplaude él de lo que todos le aplauden. Posee el talento de observación y quiere ser moralista; pero posee sobre todo el genio dramático y tanto ese talento como ese genio se perjudican, lejos de fortificarse. El moralista vive de hechos observados, que se ajustan por sus analogías, en tanto que el dramaturgo, principalmente en nuestra época, vive de antítesis y contrastes; el drama, aunque sea cómico, no se hace con la recta razón ni con la simple naturaleza. Preciso es siempre eliminar del drama una buena parte de la estricta verdad. Por esto M. Dumas fracasa en sus opúsculos de moralista, a pesar de que aquí y acullá tienen páginas brillantes. O no comprende el movimiento ó desconoce la verdad. Le falta la prueba dramática y la otra es demasiado lenta ó no es prueba para él, y de aquí resulta más ruido que otra cosa, tráficos de meteoro, que pronto se sumergen en la noche. Si M. Dumas quisiera reflexionar tanto como cree estudiar, se abstendría del monólogo, al menos por cierto tiempo aun. En el estado de su pensamiento, la cuestión del matrimonio, en la cual se cree maestro, es demasiado complicada para él delante de un público que permanece frío. Necesita su aparato escénico, sus actrices, su auditorio de drama, acostumbrado de larga fecha á creer que « ha sucedido. »

Es imposible herir con más acierto.

La conclusión es más implacable todavía.

M. Dumas raciocinando sobre la unión conyugal no encuentra más que dos soluciones, el divorcio y el asesinato; y con esto trata de fortificar una institución que considera como el fundamento de la familia y de la sociedad. No sirve todo el talento, aunque sea más trascendental que el de Dumas, para decidir cuestiones de tal magnitud con semejantes argumentos.

MARIANO URRABIETA.

Lo que son cinco mil millones de francos.

En los días en que la Francia acaba de obtener el triunfo financiero que conocen nuestros lectores, — 44,000 millones de francos en vez de 3,000 que había pedido, — parécenos oportuno entrar en consideraciones materiales sobre la importancia enorme de tan fabulosas cantidades.

Preguntamos pues: ¿Qué son 5,000 millones de francos?

Un lápiz ingenioso trata de hacerlo comprender visiblemente en las dos páginas 128 y 129 de este número; y ahora le toca á la pluma completar por medio de la aritmética las explicaciones dibujadas.

No se asuste el lector, que no se va á encontrar á continuación con áridas cifras: otro es el sistema que en este artículo adoptamos.

JUSTAPOSICIONES.

Monedas colocadas una junto á otra, de canto, y en contacto.

CINCO MIL MILLONES en monedas de oro de VEINTE francos dispuestas así, formarían una cinta tan larga, que un caballo lanzado al galope, tardaría en recorrerla, á razón de 10 horas de carrera al día y de 23 kilómetros por hora, 22 días, 8 horas, 15 minutos y algunos segundos.

En monedas de CINCO francos, la cinta en cuestión sería tan larga, poco más ó menos, como el total de las líneas telegráficas de Francia, y excedería en 1,700 kilómetros el de las vías férreas francesas.

Tres kilómetros la faltarían para ceñir la circunferencia de la tierra.

Reuniendo una por una y de canto, justaponiéndolas exactamente, los 50,000,000,000 de monedas de

DIEZ céntimos que se necesitarían para representar el importe de la indemnización de guerra, y cortando esta banda en 117 partes iguales, se podría atravesar el globo terrestre con las 117 partes de bronce, dejando uno y otro extremo de esos taladros fantásticos una punta por cada lado de 43,756 metros.

Es de observar que esos 43,756 metros de *décimos* corresponden á una suma de 341.300,000 francos.

Figurémonos también este gigantesco pendiente:

La tierra colgando de la luna por medio de tres cadenas sujetas por uno de sus extremos á uno de los polos lunares y por otro á tres puntos de nuestro ecuador, igualmente distantes entre sí.

Ahora bien, para formar esas tres cadenas bastaría unir, por el canto, UNA PARTE de los 50,000 millones de *décimos*.

Una parte, decimos, puesto que deducido el aparato de suspensión, quedaría para el ornato, guirnaldas y arracadas, un trozo de cadena que podría ceñir más de ocho veces la tierra; y con el sobrante de los *décimos* se podría pagar á los operarios de tan fantástica obra, la cantidad nada despreciable de 87.340,000 fr.

SUPERPOSICIONES.

Monedas colocadas unas sobre otras.

Con los 250.000,000 de monedas de VEINTE francos equivalentes á 5,000 millones puestas en rollos, se podría añadir á los numerosos pilares y columnas de Nuestra Señora de París, 9,249 columnillas de oro, desde el pavimento hasta el revestimiento interior de la nave, en sus partes más altas.

Ahora bien, cada una de esas columnillas representaría por término medio un valor de 540,598 fr. 88 c.

Cinco mil millones de francos en monedas de CINCO francos, de plata, formarían un rollo que tendido en el suelo llegaría desde la fortificación de Estrasburgo hasta las puertas de San Petersburgo.

El dicho rollo bastaría para ribetear como con un cordón de plata toda la periferia marítima de Francia á treinta y dos leguas y media de las costas.

Levantado en toda su altura, equivaldría á la elevación que se obtendría sobreponiendo 48,066 veces la torre de Saint-Jacques, ó 51,020 veces el Panteón, ó 58,149 veces la columna Vendôme.

Sobreponed cuidadosamente los 100,000 millones de SUELDOS que representan el rescate de la Francia; cubrid ese interminable rollo con una envoltura cualquiera; cortadle en trozos de 0^m,75 á 0^m,58, y podreis regalar un bastón muy singular á la totalidad de los hombres de diez y ocho á cien años que existen en Europa y en Africa.

PESO.

Pongamos en un platillo de un peso los 5,000 millones en monedas de oro de VEINTE francos, y en el otro platillo lo siguiente:

- 1º Todo el bronce de la columna Vendôme, ó sean 81,210 kilogramos.
- 2º El obelisco de la plaza de la Concordia.
- 3º Todas las capas de plomo que componen la techumbre de Nuestra Señora de París.
- 4º La campana grande de la misma iglesia.
- 5º La estatua ecuestre de Luis XIV (plaza de las Victorias).
- 6º La de Enrique IV (Puente Nuevo).
- 7º Un tren de viajeros, vacío; pero á punto de entrar en marcha, dispuesto de este modo:

Una locomotora; — tender; — un furgón de bagajes; — 6 coches de 1ª clase; — 5 id. de 2ª; — y 7 de 3ª.

Con todo esto no habrá bastante para que se mueva el platillo; y aun habrá que añadir, para hacer el peso, el famoso cañón expuesto en 1867 por Krupp en el Campo de Marte, con su cureña y tres balas, ó sea un total de 64,454 kilogramos.

Si echamos en el platillo los 5,000 millones en monedas de CINCO francos, no terminaremos el equilibrio con menos de CIENTO OBELISCOS como el de la plaza de la Concordia.

Y para su transporte por ferrocarril, se necesitarán 2,500 wagones, ni uno menos.

Si se quisiera transportar de una vez la misma cantidad en MONEDA DE COBRE, contando un cargamento medio de 10,000 libras por wagon, se emplearía todo el material de que disponen las cinco grandes compañías de Francia, ó sean CIENTO MIL VEHICULOS de los wagones llamados de mercancías.

Tomando para nuestro cálculo las cifras siguientes de la estadística:

Población, por término medio, de un departamento.	427,719	82
Peso, por término medio, de la criatura humana.	41 kilos	246

Puede decirse que el peso de una suma de 5,000 millones, EN COBRE, iguala al peso total de la población de 28 departamentos franceses.

Haciendo el cálculo del número de caracteres tipográficos, letras y puntuación que entran en un número del *Correo de Ultramar* (Parte Ilustrada), además de los grabados, se sacaría en conclusión que para gastar 5,000 millones de caracteres, se necesitaría, á 52 números por año, una publicación seguida de mil y cincuenta y un años, poco más ó menos.

Una costurera hace 23 puntos por minuto en tela fina.

¿Cuánto tiempo emplearía, trabajando 365 días por año, y 10 horas por día, en hacer 5,000 millones de puntos?

Emplearía 992 años, 238 días, 8 horas y 24 minutos.

Es de sentir que no se tengan por exactas las apreciaciones de Herschell, de las cuales resultaría que el número de las estrellas no pasa de 59,000,000.

Si la cuenta fuera exacta, se podría afirmar que 5,000 millones de francos representan tantas veces 84 fr. 78 c. como estrellas hay en el cielo.

Sin embargo, para hablar con propiedad, diremos como *estrellas visibles hay en el cielo*.

Si hubiesen querido enviar en guantes á Prusia el importe de la indemnización de guerra, habrían debido empezar por recoger los 2,000,000 de docenas de pares de guantes que Francia produce en un año, y luego habrían tenido que meter en cada uno de esos 48 millones de guantes, una moneda de 20 fr., 4 de plata de 20 cént., y otras cuatro de 1 cént.

Los alemanes están embriagados de gloria. Si quisieran embriagarse de otro modo, y siempre á costa de la Francia, la indemnización les permitiría mantener alegre á un efectivo de 800,000 soldados á razón de dos botellas de champaña á 5 fr. cada una por hombre y por día durante un año, ocho meses y quince días.

Repitiendo un cálculo ya conocido, pero trasformándole, y tomando por base más exacta el *Año astronómico*, diremos:

Si desde el nacimiento de Jesús se hubiera guardado de generación en generación UN SUELDO por SEGUNDO hasta el día de la rendición de Sedan, para completar en esta época la suma de los 5,000 millones se necesitaría seguir guardando el sueldo en cuestión por segundo, durante la friolera de 1,299 años, 75 días, 6 horas, 36 minutos y 11 segundos.

La superficie que se podría cubrir con la cantidad de monedas de CINCO céntimos correspondiente á 5,000 millones de francos, es igual á 1,192 veces la del Campo de Marte.

Queremos decir, que poniendo cuidadosamente en la vasta extensión de ese terreno una primera capa de *sueudos* que le cubrieran lo más juntos posible; encima otra colocando exactamente las monedas una sobre otra, luego otra, luego otra, etc., no se acabaría la suma total, en monedas de cinco céntimos, sino cuando se hubiera revestido la superficie entera del Campo de Marte con una especie de mosaico de bronce, con un grueso de 1^m,49.

Cada uno de los rollos resultante de las superposiciones de monedas, representaría una cantidad de 60 francos.

Cálculo final á guisa de resumen. Admitiendo que el efectivo del ejército de invasión haya sido solo de 800,000 hombres repartidos del modo siguiente: Principes, 10; plana mayor, 5,000; oficiales y sub-oficiales, 95,000; soldados; 700,000.

Admitiendo que el importe de la indemnización de guerra exigida á la Francia hubiera sido entregada á los vencedores al otro día del tratado de Francfort,



El obelisco de Louqsor. 3,000 millones en oro. 3,000 millones en plata.

Volúmen, 4,566 m. cúb.	Volúmen, 50 m. cúb.	Volúmen, 1,500 m. cúb.
Peso, 230,000 kil.	Peso, 950,000 kil.	Peso, 15,000,000 kil.
Altura, 22 ^m .83.	Altura, 50 m.	Altura, 93 ^m .70.
Anchura media, 2 m.	Anchura, 1 m.	Anchura media, 4 m.

El Arco de Triunfo de la Estrella.

Volúmen, 43,000 metros cúbicos.
 Altura, 43^m.82.
 Largo, 44^m.82.
 Anchura, 22^m.21.

5,020 millones en cobre.

Volúmen, 56,180 m. cúb.
 Peso, 500,000,000 kil.
 Altura, 54 metros.
 Largo, 53 metros.
 Anchura, 35 metros.

5,000 millones en plata.	5,000 millones en oro.
Volúmen, 2,500 m. cúb.	Volúmen, 84 m. cúbicos.
Peso, 25,000,000 kil.	Peso, 1,600,000 kil.
Altura, 100 metros.	Altura, 84 metros.
Anchura media, 5 metros.	Anchura media, 1 metro.

parte en billetes de banco de 1,000 frs. y parte en oro, plata y cobre.

Admitiendo, por último, que los soldados hubiesen querido llevarse el dinero á Alemania cargándose de este modo:

Los príncipes con tantos billetes como habrían podido llevar, y los demás con las sumas en metal que habrían podido haber en sus cascos, reservando el oro á la plana mayor, la plata á los oficiales y sub-oficiales, y el cobre á los soldados, puede calcularse así:

Cada príncipe no habría podido llevar una cantidad de billetes superior, en peso, á 131 kilos 520, ó sea, en francos, 80.000,000.

Por otra parte, la capacidad de un casco puede evaluarse en 3 litros, lo que nos da: — por cada miembro de la plana mayor, un peso de oro de 114 libras, ó sean 176,700 frs.; — por cada oficial ó sub-oficial, un peso de plata de 60 libras, ó sean 6,000 frs.; — y por cada soldado, un peso de cobre de 33 libras, ó sean 263 frs. 50 cent.

Así pues, por esta cuenta, el ejército entero se habría llevado: — 10 veces 80.000,000 frs.; — 5,000 veces 176,700 frs.; — 95,000 veces 6,000 frs.; — 700,000 veces 263 frs. 50 cent.

Y sin embargo, habría tenido que hacer lo menos un segundo viaje, pues consultadas las multiplicaciones y las sumas, resulta que el total de estas cantidades parciales no alcanza á 2,500 millones de frs., 1 c.

J. D.

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuación. — Véase el número 1,022).

Si la acción directa de los hunos se hiciera sentir con menos violencia en el imperio de Occidente que en el de Oriente, también es cierto que el primero había sufrido más de las consecuencias de sus batallas. La sola presencia de aquellos bárbaros en el valle del Danubio había hecho llover los estragos de la guerra hasta el fondo de la Europa y hasta el África.

Los pueblos que iban echando á medida que avanzaban, casi todos tomaron la dirección de la Galia, pues los alanos, los vándalos y los suevos entraron en esta provincia en 406, y la saquearon durante cuatro años para lanzarse desde allí sobre la España y sobre las ciudades del África.

Los burgondos, hallando la brecha abierta sobre el Rin, invadieron la Helvecia, luego la Saboya, de modo que varias tribus francas que habitaban la parte Norte de aquel río pasaron al Mediodía á lo largo del Meusa en una porción de la zona que se llamaba *Ripa*. Roma se veía obligada á admitir como unos *huéspedes* á los invasores que no podía rechazar, y el Norte de las Galias vio aumentarse dos nuevos pueblos á los antiguos. El establecimiento del pueblo visigodo en la Aquitania y la existencia de un reino bárbaro que minaba la Galia interiormente, eran también el resultado y el fruto de la llegada de los hunos á Europa.

Los visigodos fugitivos delante de Balamir y recibidos por conmiseración en la Panonia, en donde luego se erigieron en dueños absolutos, habían recorrido como un azote la Grecia y la Italia mandados por Alarico, y luego atravesando los Alpes occidentales guiados por Ataulfo, arrancaron á la debilidad del gobierno romano un país fértil en donde pensaban estar al abrigo para siempre de los hijos de los hechiceros.

Dos hordas de federados alanos que habían quedado allí en la invasión del año 406, ocupaban también algunos cantones desiertos, la una en las cercanías de Valence, y la otra en la orilla izquierda del Loira cuyos pasos vigilaba y guardaba. Esos hijos del Cáucaso pasaban allí con lanza en mano sus casas movilizadas y sur rebañados, continuando la vida errante del Asia en las llanuras de la Turena y del Orleanés.

Así, pues, la división de la Galia entre cinco pueblos federados, la España medio conquistada, el África perdida y la isla de la Bretaña separada del gobierno de la India: hé ahí el cuadro que presentaba en el año 451 el imperio romano occidental.

Las insurrecciones de paisanos en la Galia y en la España desde 435 hasta 443; sus jefes entre quienes se hallaban descontentos de todas condiciones, y muchos jóvenes llenos de deudas, seguían sus proyectos ocultamente, por manera que se podía decir que esperaban también, para colmar la medida de las desgracias públicas, el año terrible de 451, objeto de tanto temor.

Eudogio, médico y hombre de mucha ciencia, pero de carácter perverso, como nos dicen las crónicas contemporáneas, se pasó á los hunos en el año 448, siendo muy probable que hizo cuanto pudo para decidir á Atila para que invadiese la Galia, prometiéndole el auxilio de los foragidos, el de los esclavos y de los paisanos insurrectos.

Dos sucesos, uno feliz y el otro desgraciado, aumen-

taron el disgusto general. Teodosio murió el 20 de julio de 450 de una caída del caballo, y tres meses más tarde murió también Plácida, que continuaba gobernando el imperio de Occidente en nombre de su hijo Valentiniano III, que tenía entonces treinta y un años. La muerte de Teodosio, seguida de la ejecución de Crisafio, fué un gran bien para el Oriente; pero la de Plácida, emancipándose Valentiniano, atrajo inmensos males sobre el Occidente.

Atila, fiel á su costumbre de hacer maniobrar la política antes que las armas, quiso saber lo que eran los nuevos príncipes, principiando por el Oriente. Como ya no podía pedir la cabeza de Crisafio que se disputaba el populacho de Constantinopla, reclamó el tributo admitido por Teodosio; pero el nuevo emperador llamado Marciano, antiguo soldado illiriano de la raza energética de los Probos y de los Claudios, contestó diciendo que tenía oro para sus amigos y hierro para sus enemigos. Esta contestación, auxiliada por buenas medidas de defensa y por una crecida quinta de jóvenes, contuvo á Atila, quien dirigió sus miras hácia el Occidente.

Por esta parte podía emplear un arma terrible que se reservaba ya hacia quince años, esperando que la ocasión se presentase. A la muerte de Plácida creyó llegado el momento oportuno.

En efecto, hacia quince años ó diez y seis que la hermana de Valentiniano III, Honoria, hija de Plácida y nieta del gran Teodosio, en un momento de locura romanesca ó de venganza contra su familia que la condenaba al celibato, había enviado un anillo de desposorios al hijo de Mundzukh, que acababa de subir al trono de los hunos. Atila, como todos los orientales, solo amaba las mujeres recogidas y modestas; y así es que no había contestado á la proposición de Honoria, pero guardó el anillo. Irritada esta de semejante desprecio, ó tal vez poco constante en sus gustos, urdió una intriga con su mayordomo Eugenio, intriga muy seria, cuyo escándalo la perdió.

Su madre la envió á Constantinopla para que la encerrasen en una casa, y luego la hizo pasar á Ravena. Los años se pasaron así, siendo de advertir que el rey huno nunca hizo presente que poseía una prenda en señal de matrimonio, no obstante sus frecuentes relaciones con el imperio del Occidente, ni jamás había hecho la menor alusión á un derecho á Honoria ó á su dote, cuando de repente recibió Valentiniano un mensaje en el que reclamaba lo uno ó lo otro.

Atila decía que acababa de saber que su prometida Honoria sufría mucho á causa de él y hasta se la tenía presa. En su consecuencia exigía primeramente que se la pusiese en libertad, y que se le restituyese la parte de herencia que le correspondía por su padre. Esta parte, según Atila, era la mitad de los bienes personales del último augusto Constancio y la mitad del imperio de Occidente.

La historia guarda silencio sobre las aventuras de la princesa Honoria posteriormente á su cautiverio, y por consiguiente ignoramos si la habían casado entonces para cubrir el deshonor, ó si tan solo lo hicieron al recibir el mensaje á fin de oponer una razón perentoria á las pretensiones del rey huno: sea como fuese, Honoria estaba casada, y Valentiniano pudo contestar diciendo, «que teniendo ya un marido su hermana, no podía tratarse de casarla de nuevo, en vista de que las leyes romanas no admitían la poligamia como las de los hunos; y que aun cuando estuviese libre su hermana, no podía pretender á la sucesión del imperio en razón á que entre los romanos no podían reinar las mujeres, y que el imperio no era un patrimonio de familia.»

Atila, que nunca discutía las razones que se oponían á su voluntad, persistió en su reclamación, y á fin de probar á los ojos de todos la sinceridad de sus palabras, envió á Ravena el anillo que poseía de Honoria. Se hallaban en los mayores debates de este asunto, cuando Atila pareció olvidarse totalmente de él; pues lejos de mostrar resentimiento con respecto á Valentiniano, le trataba con la mayor franqueza. Esta súbita amistad de Atila para con el emperador despertó la desconfianza en los unos, otros la creían sincera; pero generalmente se opinaba que semejante política encerraba un nuevo peligro.

Cartago y el África se hallaban entonces bajo el dominio de un hombre comparable al rey de los hunos por su fealdad y su genio, y ese era Genserico, rey de los vándalos. Lo que Atila había llevado á cabo con tanta rapidez y felicidad sobre los bárbaros de Europa, Genserico lo intentaba hacer también sobre los bárbaros acantonados en el imperio, conciliando la idea de reunirlos todos en un solo cuerpo, sometidos á una misma disciplina política y á una misma comunión religiosa, es decir, el arrianismo, y siempre pronto á sostener el estandarte bárbaro contra el romano.

Para el logro de semejante proyecto había casado á su hijo Hunérico con la hija de Teodorico, rey de los visigodos; pero no hallando en aquella alianza todas las ventajas que se había prometido, cobró odio á su hija política, y un día, bajo la sospecha de que había querido envenenarle, mandó que le cortasen las narices, y la despidió á la Galia para que se incorporase con su padre. Reflexionando que Teodorico por vengarse formaría contra él una liga con los romanos, buscó la alianza de Atila, á quien envió regalos.

En fin, esos dos hombres se concertaron para acometer el imperio romano uno por el Norte y otro por el Mediodía. Genserico proyectaba ya sin duda la invasión de Italia que verificó cuatro años más tarde, y

Atila tomó de su cuenta concluir con las visigodos y apoderarse de la Galia.

El rey huno tenía otras razones para empeñar la guerra en el Mediodía del Rin. El jefe de una de las principales tribus francas establecidas en la orilla derecha de aquel río, había muerto en 447 ó 448, dejando dos hijos que se disputaron su herencia, dividiendo entre sí la nación. El primero pidió auxilio á Atila, y el segundo se puso bajo la protección de los romanos. Aecio le adoptó como hijo, siguiendo una costumbre militar que existía ya entonces, lo que nos hace ver los primeros rayos de la naciente caballería en el siglo V; y luego le envió colmado de regalos á Roma para que tuviese una entrevista con el emperador, ajustando un tratado de alianza. Allí es donde le vió Prisco.

Aecio llegó á instalar á su protegido en el trono de los francos del Necker; pero el hermano desterrado no cesó de estimular la ambición de Atila, en cuyo buen éxito cifraba su triunfo también. Así pues todo concurría á impeler al rey de los hunos hácia la Galia. Dominado por estas nuevas preocupaciones, olvidó por segunda vez á Honoria, tomando con respecto á Valentiniano el lenguaje dulce y humilde, cuya causa ignoraba.

Empero, no tardó en conocerle, pues Atila le hizo saber por medio de otro mensaje que temía una querrela con los visigodos, y por consiguiente le invitaba á que no se mezclase en ella.

«Los visigodos, decía Atila, eran unos vasallos que se habían segregado del dominio de los hunos, pero no por eso había abandonado sus derechos sobre ellos. Además, eran unos enemigos peligrosos para el imperio, pues después de haber saqueado el Oriente y el Occidente, no observaban fielmente sus obligaciones en los acantonamientos que les dieran los romanos. Lejos de eso, vivían en un estado de continua guerra con ellos. Atila pues tomaba aun á su cargo castigarlos tanto á nombre de los romanos como en el suyo.»

Por más que Valentiniano le observó que no se hallaba en guerra con los visigodos, y que si la había no quería encargar á nadie el vengarse; que si los visigodos vivían en la Galia al abrigo de la hospitalidad romana, el querer atacarlos era atacar el imperio, y que en fin Atila no podía llegar á medir sus fuerzas con ellos sin trastornar y arruinar los Estados de un monarca de quien se decía amigo; sin embargo, el rey huno hizo lo que se le había puesto en la cabeza, y declaró que iba á ponerse en marcha; pero al mismo tiempo que trataba de engañar á Valentiniano con sus lisonjas, decía á Teodorico que no se inquietase, pues su objeto al invadir la Galia no era otro que el de romper el yugo romano y dividir con él el país.

Estas noticias llegaron al rey godo al mismo tiempo que recibía una carta de la cancillería imperial, concebida en estos términos:

«Es indigno de vuestra prudencia, valeroso guerrero, conspirar con el tirano del universo, que quiere obligar al mundo entero á que le obedezca, y que no se inquieta ni reflexiona sobre los motivos de una guerra, sino que mira como legítimo todo aquello que le agrada. Sin respetar el derecho ni la equidad, su conducta es la de un hombre enemigo de todo lo que existe... No olvideis, pues, vuestros resentimientos, unamos nuestras fuerzas, y venid á socorrer una república que confía en la fuerza de vuestras armas.»

Dicen que Teodorico, al leer esos dos documentos contradictorios, no pudo menos de decir conmovido: — Romanos, vuestros deseos están cumplidos, puesto que habeis hecho de Atila un enemigo nuestro también.

En su consecuencia dió á los mensajeros de Valentiniano vagas esperanzas, pero se resolvió á dejar á los romanos arreglar solos semejante querrela, y esperar en sus acantonamientos que los hunos le atacasen.

Mientras tanto Atila disponía lo necesario para principiar la campaña; nunca hablaba mas que de los visigodos, y todas las apariencias indicaban que su objeto era la invasión de la Galia; pero era tal la idea que se habían formado de su astucia, y tal la desconfianza que tenían en sus palabras, que el mismo Aecio, no sabiendo si aquella demostración era una celada, no se atrevió á abandonar la Italia.

La historia nos ha dejado el detalle fúnebre de aquel ejército, cuyas compactas masas inundaban no tan solo las cercanías del Danubio, sino los distritos inmediatos.

Jamás la Europa ha visto, desde Xerxes, tanto número de pueblos conocidos ó desconocidos, pues había nada menos que quinientos mil guerreros de toda clase, carácter y condición; en fin, era un hormiguero de tribus diferentes, de reyes y jefes de bandas.

Tal era el ejército que parecía haber agotado el territorio bárbaro, y que aun no estaba completo. La mudanza de tantos pueblos promovió una especie de revolución en la grande llanura del norte de Europa; la raza eslava bajó hácia el Mar Negro para tomar los campos abandonados por los ostrogodos, mientras que los hunos blancos, los búlgaros y los turcos dieron un paso hácia Europa.

Los asoladores de toda clase, los futuros dueños de la Italia y los que iban á reemplazar á los Césares de Occidente, se hallaban mezclados allí confusamente, jefes y pueblos, amigos y enemigos.

Orestes encontró allí á Odoacro simple soldado turcilingo, mientras que el ostrogodo Teodomiro, padre del gran Teodorico, era uno de los capitanes de Atila: en fin, todas las ruinas del mundo civilizado y todas

las grandezas predestinadas del mundo bárbaro parecían formar la comitiva al genio de la destrucción.

Para llegar Atila á orillas del Rhin, como lo hizo en los primeros días del mes de marzo, tuvo que ponerse en marcha en el mes de enero.

Dividió su ejército en dos cuerpos, de los cuales el uno siguió, tomando la orilla derecha del Danubio, la carretera militar que auxiliaba los fuertes romanos, arrasando estos á su paso, y el otro, subiendo la orilla izquierda, iba reuniendo en su marcha numerosas tribus. Los dos cuerpos se reunieron hácia el Danubio y se detuvieron no lejos de espesos montes, de los que podían sacar los materiales necesarios para su transporte á la Galia.

Los francos de las orillas del Necker, al acercarse Atila, echaron de allí ó mataron al joven monarca que les habían puesto los romanos, y se incorporaron á los hunos. Las tribus de Turinge hicieron lo mismo, y hasta los mismos burgondos transrhinianos, olvidando sus antiguos odios, se hicieron soldados de Atila. El ejército de los hunos iba reclutando gente en su marcha, pero al mismo tiempo no olvidaba sus preparativos para pasar el Rhin.

El antiguo monte Herciniano, que había visto á César y á Juliano, fué el depósito ó astillero de Atila, fabricándose barcas como por encanto, para plantear puentes movedizos.

La división mas oriental atravesó el Rhin cerca de Augusta, y en seguida tomó la carretera de etapas de las legiones; las demás divisiones atravesaron el río por diferentes puntos, tanto para evitar la confusión como para encontrar bastimentos mas fácilmente.

Atila, en cuanto se puede deducir de las circunstancias de su marcha, pasó el río un poco mas abajo del confluente del Moselle, y luego siguiendo la calzada se instaló en la antigua metrópoli de las Galias en medio del horror del saqueo.

Fiel Atila al plan que se había trazado, no obstante el carácter significativo del principio de su campaña, hizo saber y pregonar en la Galia que venía como amigo de los romanos, para castigar á los visigodos sus vasallos y enemigos de Roma; por consiguiente, los godos no tenían ya temor, puesto que iban á recibir á su libertador y uno de los generales de su imperio.

Sus palabras estaban acordes con las expresiones de sus proclamas, y continuamente se ponía á arengar á las puertas de las ciudades para persuadirles que las abriesen. Algunas ciudades lo hicieron así; otras trataron de resistir, y todas fueron tratadas de la misma manera.

Las débiles guarniciones romanas se refugiaban en las plazas que tenían buenas murallas.

De todos los bárbaros federados solo los burgondos se atrevieron á librar batalla.

En cuanto á la división oriental de los hunos, atravesó la Helvetia para llegar á la carretera de Estrasburgo, atacaron allí mandados por Gondicario su rey; pero fueron derrotados, y los otros federados, no viendo llegar ni jefe ni instrucciones, siguieron el movimiento retrógrado de las guarniciones romanas. Los francos ripuarios salieron los primeros, y los francos salientes fueron mas lentos en decidirse, pero al fin huyeron también delante de esas masas, contra las cuales toda resistencia aislada era imposible.

Su retirada, incomodada por las escaramuzas de los hunos, presentó todo el desorden de una fuga. El joven Childerico, hijo del rey Meroveo, que gobernaba entonces esa nación, fué arrebatado con su madre por un cuerpo de caballería que los llevaba ya cautivos, cuando un noble franco, llamado Viomodo, les puso en libertad á riesgo de su vida.

En fin, la irrupción de esas tribus fué como una nube de insectos devoradores que se lanzó en las dos Germanias y en la segunda Belgica. Todo fué saqueado, arruinado y quemado.

La división oriental, despues de haber batido á los burgondos de Gondicario, había destruido las ciudades de Augusta, de Vindonisa y de Argentuaría, de cuyas cenizas nacieron mas tarde Bale, Windisch y Colmar, haciendo llegar sus avanzadas hasta las inmediaciones de Besanzon.

Estrasburgo, Spira, Worms y Maguncia, cayeron una despues de otra en manos de los hunos: la misma suerte tuvieron por el ala derecha de Atila Tongres y Arras.

Durante algun tiempo el ejército de los hunos ocupó la Galia en todo su ancho, desde el Jura hasta el Océano. A pesar de que Atila veía con disgusto la prolongación del saqueo, diseminando así sus tropas y quitándole un tiempo precioso para llevar á cabo su plan de campaña, los toleraba por necesidad, á fin de hacer vivir á su ejército, ó ya fuese por cálculo para animarlo.

El mismo Atila fué á poner sitio á Metz, no queriendo dejar detrás de su ejército una plaza tan fuerte, que dominaba las grandes carreteras de la Galia, que ponían en comunicación las grandes ciudades, como Estrasburgo y Arles, residencia de los prefectos del pretorio.

Sin embargo, viéndose Atila desprovisto de las suficientes máquinas, y hallándose inexperto por otra parte en tales operaciones, levantó el sitio, despues de haber batido largo tiempo con el Ariete las murallas de la ciudad.

Ya se hallaba á veinte y una millas mas lejos, ocupado en destruir el castillo de Escarpona, cuando tuvo noticia que un trozo de las murallas de Metz había

caído súbitamente. Montar á caballo y acudir al punto de la brecha fué el negocio de muy pocas horas para los hunos, quienes llegaron la noche cerrada y la vispera de Pascua, que cayó en aquel año en el día 8 de abril.

El obispo de la ciudad se había retirado con su clero á la iglesia; el prelado logró salvar la vida, y le llevaron cautivo; pero los demás eclesiásticos fueron degollados al lado del altar. Los habitantes perecieron todos, unos por el acero y otros por las llamas, pues se nos dice que solo quedó en pié un oratorio consagrado á San Estéban, primer mártir. Atila se dirigió en seguida á Reims.

La grande é ilustre capital de Reims no le costó tanto trabajo apoderarse de ella, pues se hallaba casi abandonada, y solo quedaba allí un obispo llamado Nicasio, con un puñado de hombres valientes y fieles, esperando la muerte que les destinase Dios en sus altos designios.

Cuando vió rotas las puertas y que los bárbaros se precipitaban en la ciudad, se adelantó hácia ellos en las gradas de su iglesia, rodeado de eclesiásticos y otras personas que se habían refugiado allí. Revestido el obispo con las insignias sacerdotales, se presentó á ellos cantando algunos versículos sagrados, cuando uno de los bárbaros le cortó la cabeza de un sablazo.

Nicasio tenía una hermana muy hermosa, llamada Eutropia, la que temiendo ser víctima de la brutalidad de los bárbaros, hirió al asesino en la cara y murió al lado de su hermano.

Eso no había sido mas que el preludio de un degüello general; pero habiendo oído los bárbaros cierto ruido en la basilica, salieron amedrentados de la ciudad, dejando allí su botín.

Al día siguiente los habitantes volvieron á tomar posesion de sus casas, y recogiendo los restos de los que consideraban como unos mártires, erigieron un monumento á su pastor, á quien honra hoy la iglesia con el nombre de San Nicasio.

Estas indicaciones las hallamos en las leyendas, las que nos dicen también que entonces fué arruinada Laon y Augusta, llamada hoy San Quintin.

Estas leyendas no hablan mucho mas de las desgracias de los obispos y de su clero que de los demás habitantes; pero esta circunstancia es justa y se halla basada en los mismos hechos de la historia, pues en medio de la desorganización política producida por tantas calamidades, los magistrados civiles y militares no se presentaban siempre, mientras que el obispo permanecía allí en medio de su rebaño; por consiguiente, los bárbaros se hallaban en su presencia, y era el único consejo y único guía de los ciudadanos.

Toda la Galia, y sobre todo las provincias belgas, estaban aterradas. Los habitantes huían ó se disponían á huir delante de aquel huracán de naciones, precedidas del incendio y seguidas del hambre.

Cada uno se daba prisa en poner á salvo sus provisiones, su oro y sus muebles; los habitantes de las pequeñas ciudades, villas y pueblos se apresuraban á ir á encerrarse en las grandes, sin hallar en ellas mas seguridad; los habitantes de los llanos se dirigían á los montes; los bosques se iban inundando de paisanos que se disputaban las guaridas de los animales feroces, y los que habitaban las orillas del mar y de los rios tenían prontas sus embarcaciones para transportar sus familias y sus bienes á puntos mas seguros. Eso mismo hizo la ciudad de Lutecia.

Lutecia ó Parisis, Paris, había llegado á ser una ciudad de importancia, despues que varios emperadores hicieron en ella su residencia, sobre todo en el invierno. Su comercio se aumentó con su política, y había llegado á ser el depósito de todo el comercio entre el alto y bajo Sena.

Su población, compuesta en la mayor parte de marineros diestros, se había hecho respetar en varias ocasiones; pero en aquellos momentos, tanto estos como los demás habitantes estaban aterrados, por manera que no se veían mas que barquichuelos cargados de muebles, y montones de estos en las calles para emigrar.

Sin embargo, una mujer contuvo á aquel gentío sumido en la tristeza y en el llanto.

El carácter de esta mujer extraordinaria, la autoridad que ejercía sobre los demás, y en fin, la justa veneración que tiene por ella Paris hace ya catorce siglos, exigen que demos algunos detalles sobre ella.

Esta mujer se llamaba Genovefa, palabra que nosotros alteramos en la de Genoveva: su padre Severo y su madre Gerontia, habitaban, cuando nació su hija, Nemetodurum, hoy Nanterre, á tres leguas de Paris, en donde vivían cómodamente sin trabajar.

La infancia de Genoveva no se pasó, por mas que diga la tradición popular, en guardar un rebaño; pues de un carácter dulce y enfermizo, su mayor placer consistía en encerrarse en su cuarto ó en el de su madre para rezar, y de allí iba á la iglesia. Su humor taciturno y solitario la aislaba de las otras niñas, en cuyas diversiones no se mezclaba nunca.

A la edad de siete años manifestó el deseo de tomar el hábito de las vírgenes cristianas, tan luego como tuviese la edad competente, y esa fué su constante resolución, no obstante las observaciones de sus padres.

Sucedió, pues, que en ese tiempo, es decir, en 429, Nanterre vió llegar allí dos ilustres personajes, German, obispo de Auxerre, y Loup, obispo de Troya, á quienes el clero de las Galias enviaba á la isla de Bretaña, para combatir allí la herejía de Pelagio, que

infectaba el país. Los dos misioneros prometieron á los habitantes de Nanterre detenerse una noche en ella, y así es que salieron todos sus habitantes á recibirlos.

En medio del gentío, German notó una joven cuya fisonomía indicaba una especie de luz sobrenatural; la llamó, la besó y le preguntó quién era. Al oír las palabras breves y concisas de Genoveva, el anciano prelado permaneció algunos minutos pensativo, y luego, dirigiéndose á sus padres, les dijo:

— No hay que contrariar esta niña, pues si no me engaño, llegará á ser grande delante de Dios.

La niña continuó siempre en su idea, no obstante la oposición de sus padres, y cuando llegó á la edad de quince años se presentó al obispo de Chartres, Juliano, quien le puso sobre la frente el velo de las vírgenes. Poco tiempo despues murieron sus padres, y entonces pasó á Paris á casa de su madrina.

Desde aquel momento principió Genoveva su carrera de austeridades. Su alimento durante mucho tiempo consistía en pan de cebada y agua, siendo preciso que interviniese su obispo para que tomase un poco de pescado y leche, pues caía con frecuencia en éxtasis mezclados de visiones.

Durante tres días se la creyó muerta, y ya la iban á enterrar, cuando abrió los ojos, contando con circunstancias maravillosas « el modo como había sido arrebatada en espíritu á la mansión de los justos. »

Los milagros se siguieron á los éxtasis, y en breve ya no se hablaba de otra cosa que de la virgen de Nanterre y de los prodigios que obraba Dios por sus manos. Desde entonces quedó sólidamente establecida su reputación de santa.

Su nombre andaba de boca en boca desde Occidente á Oriente.

(Se continuará.)

Las carreras de avestruz

EN EL JARDIN DE ACLIMATACION DE PARIS.

El general M. de Lacroix-Vaubois, comandante de la provincia de Constantina, ha enviado últimamente al Jardin de aclimatación un avestruz, cuatro carneros, una cierva y cuatro dromedarios corredores (*meharú*), estos últimos prisioneros de guerra hechos por el general á las tribus insumisas en la expedición de este año al Sur de la Argelia.

Con los animales venían un árabe llamado Sad, encargado especialmente del avestruz, y dos negros del Suden, Atman y Salem, que cuidan de los dromedarios.

Sad hace lo que quiere del avestruz que, justo es decir, se distingue por lo manso.

La interesante caravana llegó hace un mes á Francia con M. de Ravaran, oficial de ordenanza del general.

El avestruz, que es un joven macho, no ha tomado aun sus colores, y tiene el pardo uniforme de las hembras. Mide ya dos metros de altura, y es probable que llegue á tener la de sus compañeros.

Su alimento se compone de pan duro, salvado, avena y forraje. Lo que prefiere son los cuerpos duros. Come con gusto la galleta, sobre todo cuando su origen se pierde en la noche de los tiempos.

Sabido es que el avestruz traga piedras; y con efecto, el nuevo huésped del Jardin de aclimatación absorbe perfectamente cuantas le arrojan los niños.

En lo que se muestra recalcitrante, es en el paseo. Su árabe, ingenioso como los de su raza, se dijo lo siguiente:

— Ya que no puedo conseguir que el avestruz me siga, le seguiré yo á él.

Y sobre esto inventó el sistema que representa nuestro dibujo.

Sad le aplicó una pechera y una correa, todo ello reunido por dos bandas longitudinales, y con este arreo se plantó encima del avestruz, que al punto emprendió la marcha.

Está zanjada la dificultad: el avestruz se pasea.

Despues se tuvo la idea de utilizar la invención enganchando un carrujito con cuatro puestos para pasear niños.

Ya se han hecho en el bosque de Boulogne ensayos de carreras que han producido excelentes resultados.

El avestruz tirando del carruaje, sigue al trote con la mayor facilidad á los caballos siameses, que tienen fama por la velocidad de su paso.

Le ponen una argolla al cuello, y le tiran de las riendas cuando quieren detenerle. Se le dirige con una varilla, pegándole en el cuello á derecha ó á izquierda, segun la dirección que debe tomar.

En suma, esas carreras constituían un interesante ejercicio y un espectáculo muy divertido para los paseantes: ignoramos por qué razón se ha opuesto á que continúen el director conservador del bosque de Boulogne.

Afortunadamente tienen el Jardin de aclimatación donde se organizan, bajo el acertado impulso de M. Menard, el entendido subdirector de este bonito establecimiento.

E. F.



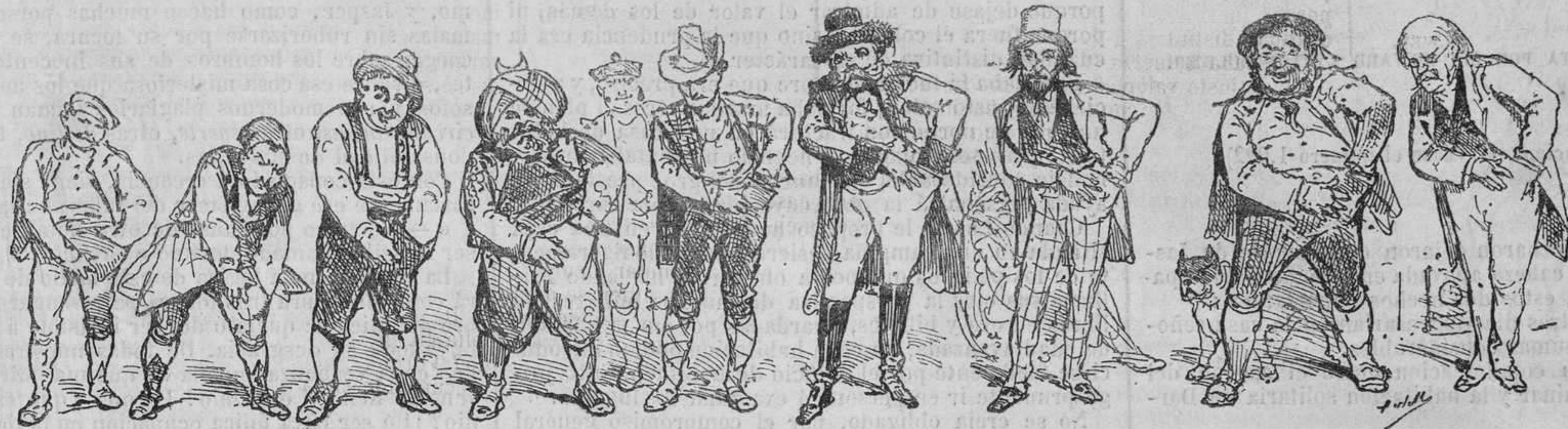
A. LAMON

PARIS. — Las carreras de avestruz en el Jardín de aclimatacion.

ACTUALIDADES, POR BERTALL.

El empréstito de 3,000 millones.

El empréstito de 3,000 millones.



— Mano al bolsillo. Algunos millones de escudos suecos y dinamarqueses para nuestros amigos los franceses.

— Siempre se encontrarán algunos puñados de dracmas en el fondo.

— Ahora sí que se recibirán con gusto las monedas suizas que antes no pasaban

— Aquí están los cequies.

— Señores, allá van pesetas.

— No faltará el scuditaliano.

— Los rublos saldrán a borbotones.

— Vamos a ver si se quedarán atrás los dollars.

— John no economiza ni guineas ni bank-notes.

— No dudo que aceptarán algunos millones de thalers... ¡Y pensar que á nosotros nos traen tan poco cuando pedimos prestado!...

— Me declaro en huelga, señores, no admito mas millones.

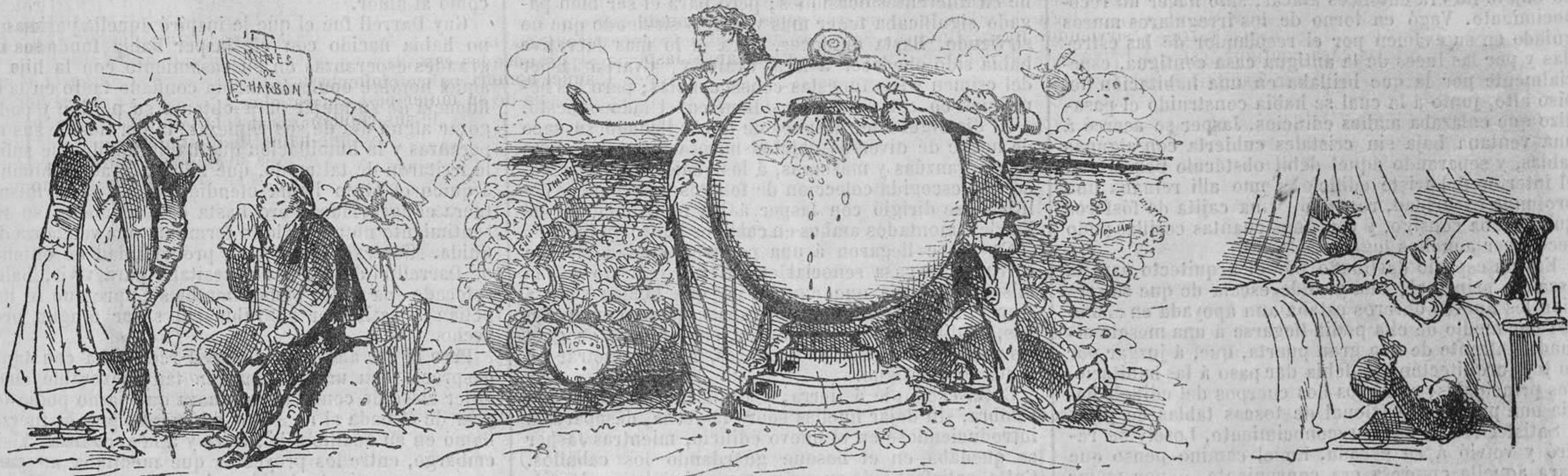
— Esta es preferible á la otra; pero de todos modos se tratará de que sea la última. ¡Basta! ¡Basta!...

— ¡Y decir que no han querido poner una contribucion sobre los pianos! ¡Triste gobierno!

— Puesto que la poblacion disminuye, que apliquen á los solteros un impuesto de 3,000 francos.

— ¡Bien os ha escamoteado el servicio obligatorio!

— Vamos, que bien os ha sacado el famoso impuesto de las primeras materias.



Las Huelgas.

— Haces bien de no sacar mas carbon con estos calores; ¿qué sería de nosotros si á los rayos del sol se añadiera combustible?...

La Invasion.

— Me declaro en huelga, señores, no admito mas millones.

Huelga del presidente.

— Me declaro en huelga, señores, no admito mas millones.



Las Huelgas.

— Se habia hablado de la huelga de los mozos de café y de los taberneros; pero la maniobra que se atribuia á una conspiracion de la derecha y de los centros, ha fracasado ante la actitud de los verdaderos amigos de la libertad.



— Gran triunfo del Hombre-mujer, ó la Mujer con barbas, de Dumas. No es carne, es mármol.

— ¡Y decir que no han querido poner una contribucion sobre los pianos! ¡Triste gobierno!



— Puesto que la poblacion disminuye, que apliquen á los solteros un impuesto de 3,000 francos.



SATISFECHOS.

Izquierda. — ¡Bien os ha escamoteado el servicio obligatorio!

Derecha. — Vamos, que bien os ha sacado el famoso impuesto de las primeras materias.



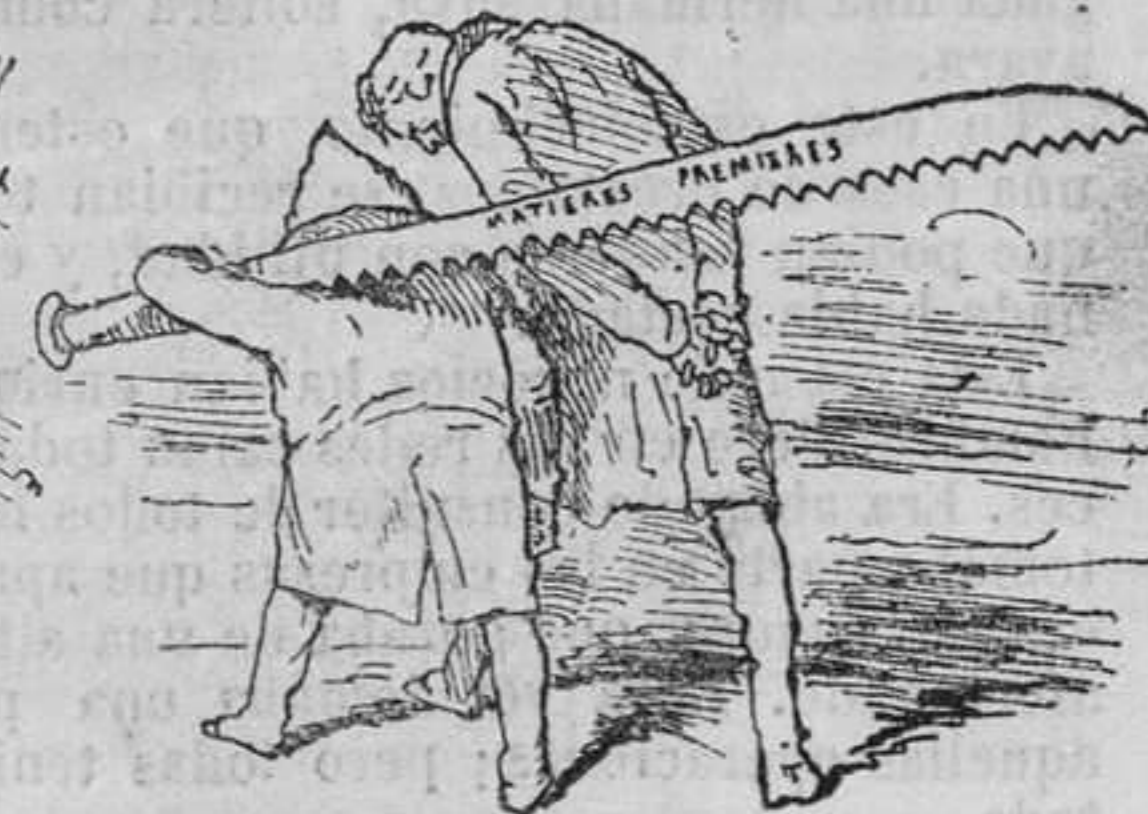
— Tenemos que hacer olvidar á esos bondadosos rurales que el año pasado los llamábamos incapaces: ahora se tragarán á postres cuanto les ofrezcan.



— Es un axioma que con la comida buena ó mala se gobierna á los hombres. ¡Cocineros, manos á la obra!



— Empezaron las vacaciones, á los banquetes. Vamos á conquistar la Francia con tenedores.



— Trabajo ha costado: descansenos de tan dura tarea.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,022).

Cuando se marcharon dejaron en la mente de Jasper, que con la cabeza apoyada en la mano habia apantado dormir, estos dos hechos importantes:

1º Dentro de tres dias ingresarian en la casa señorial de Fawley sumas considerables.

2º Existía una comunicacion entre el cuerpo del edificio sin terminar y la habitacion solitaria de Darrell.

Despues de comer y beber para restaurar sus fuerzas, Jasper se levantó, pagó el gasto y se marchó.

Rápido y silencioso se dirigió por el sendero que conducía á Fawley; su sombra perceptible apenas se asemejaba al de la bestia feroz que acecha su presa. Ya era de noche cuando Jasper llegó á la empalizada cubierta de musgo que rodeaba la antigua mansion. Su objeto no era entonces atacar, sino hacer un reconocimiento. Vagó en torno de los irregulares muros guiado en su exámen por el resplandor de las estrellas y por las luces de la antigua casa contigua, especialmente por la que brillaba en una habitacion del piso alto, junto á la cual se habia construido el pasadizo que enlazaba ambos edificios. Jasper se acercó á una ventana baja sin cristales cubierta con algunas tablas, y separando aquel débil obstáculo penetró en el interior del triste edificio como allí reinaba una profunda oscuridad, recurrió á una cajita de fósforos que llevaba consigo, y con unas cuantas cerillas pudo reconocer aquellos lugares.

Era un espacio destinado por el arquitecto para la escalera principal; una grande escala de que se servian los nuevos obreros estaba aun apoyada en el muro; por medio de ella podia llegarse á una meseta situada enfrente de una gran puerta, que, á juzgar por su lujo arquitectónico, debia dar paso á las habitaciones principales; entre los dos cuerpos del edificio habia una puerta provisional de toscas tablas de pino.

Satisfecho con aquel reconocimiento, Losely se retiró y volvió á su posada. En el camino pensó que para aquella empresa era conveniente, ó por mejor decir necesario, un auxiliar.

Necesitaba instrumentos, disfraces y buenos caballos para huir, y si el robo llegaba á consumarse, era muy probable que la mayor parte del botin consistiera en billetes de banco, en cuyo caso seria necesaria otra persona para cambiarlos al dia siguiente muy temprano ó hacerlos pasar al extranjero.

Jasper no conocía un cómplice mas á propósito que Cutts, no sospechando ni remotamente que ayudaba á mistress Crane en la conspiracion fraguada en contra suya.

Resuelto á admitirle por compañero en aquella empresa, tomó el camino de hierro que llegaba á Londres de noche, y despreciando los peligros que le amenazaban en las guaridas de sus asociados, penetró en la casa sombría donde se habia alojado la noche de su regreso á Londres, algunos años antes, despertó á Cutts y le pintó su proyecto con tan seductores colores, que el hombrecillo recobró su antigua admiracion por el genio que habia admirado en Paris, y que despues en Londres solo le inspiraba desprecio.

M. Cutts ocupaba una posicion especial en la seccion del gran mundo á que pertenecia. Poseia la ventaja de una educacion superior á la de la mayor parte de sus compañeros, porque en su origen habia sido dependiente de un procurador de Old-Bailey, y desde entonces ejerció su astucia natural en multitud de especulaciones diversas, tanto en Inglaterra como en el extranjero.

En sus aventuras no solo habia ganado dinero, sino que tambien supo economizar, lo que es muy raro en los que están en lucha perpétua contra las leyes.

Siendo soltero, sus gastos eran muy cortos; además de su casa, en el patio sombrío que ya conocen nuestros lectores, tenia un establecimiento en el centro de la ciudad, cerca del Támesis, del cual estaba encargada una hermana suya, soltera como él, y tambien avara.

En este establecimiento, que ostensiblemente era una casa de préstamos, se recibian todos los objetos que podian venderse con utilidad, y cuya adquisicion nada habia costado.

Esta clase de negocios habian enriquecido á aquel hombre. Pero en sus redes caian toda especie de peces. Era abogado consultor de todos los criminales. Si tomaba parte en las empresas que aprobaba, el éxito era tan seguro, que gozaba de una alta reputacion de afortunado. Rara vez tomaba una parte activa en aquellas operaciones; pero todas tenian buen resultado.

Tenia razon en jactarse delante de Mrs. Crane de la habilidad con que sabia evitar las persecuciones de la justicia. Tenia buenas relaciones con ciertos individuos de la policia, de los cuales era muy querido; porque si el dueño de algun objeto perdido de una

manera misteriosa, ofrecia una recompensa igual á su precio en el mercado, Cutts se encargaba de buscarlo.

La violencia le inspiraba un horror saludable, no porque dejase de admirar el valor de los demás, ni porque fuera él cobarde, sino que la prudencia era la cualidad distintiva de su carácter.

Empleaba la fuerza siempre que era preciso, y apreciaba su justo valor; formaba muchas veces el plan de un robo de noche con fractura en una casa deshabitada; pero solo cuando el negocio presentaba un beneficio considerable, sin mucho peligro, prestaba su ayuda personal á la obra cuyo plan habia aprobado.

Cuando Losely le propuso aquel robo en una casa situada en una campiña desierta, tratando ligeramente de los peligros que podia ofrecer, y haciendo brillar á sus ojos la perspectiva de muchos millares de libras en oro y billetes, guardadas por un gentleman de edad avanzada, en cuya habitacion podian introducirse fácilmente por el edificio deshabitado, Cutts juzgó prudente ir en persona á examinar los lugares.

No se creia obligado, por el compromiso general que habia contraído con Mrs. Crane, á perder la probabilidad de apoderarse de una suma infinitamente mas considerable que la que podia obtener de ella, revelando el complot y tomando medidas para desbaratarlo.

Cutts era el agente mas fiel y mas inteligente cuando le pagaban bien, como habia probado á Mrs. Crane en diferentes ocasiones; pero para él ser bien pagado significaba tener mas ventajas sirviendo que no sirviendo. Hasta entonces, para él lo mas lucrativo habia sido obedecer á Mrs. Crane y salvar á Jasper del crimen y sus funestas consecuencias; pero los beneficios en esta ocasion estaban en el lado opuesto.

Al dia siguiente, despues de haber llenado su saco de noche de diversos objetos necesarios, tales como limas, ganchos y máscaras, á los cuales habia agregado una escogida coleccion de folletos y periódicos políticos, se dirigió con Jasper á las inmediaciones de Fawley, montados ambos en caballos ligeros y fuertes.

En breve llegaron á una pequeña ciudad situada cerca de la casa señorial en el lado opuesto y á la misma distancia que aquella en que hemos visto á Jasper. Despues de dejar descansar un rato sus caballos, se dirigieron hácia Fawley, sirviéndoles de guia los silenciosos postes indicadores, hasta penetrar en el parque contiguo.

Cutts echó pié á tierra, y deslizándose como una sombra, sin dejar huellas sobre la yerba, desapareció introduciéndose en el nuevo edificio, mientras Jasper se quedaba en el bosque guardando los caballos. Cutts, satisfecho de su exámen y animado por la calma que reinaba en torno suyo, subió la escala, abrió sin trabajo por medio de una ganzúa la puerta del piso superior, y se deslizó por la extensa galeria, cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros.

Al extremo de la galeria habia una puerta cuyas rendijas daban paso á una débil luz. Mirando la cerradura, el ladron vió que la luz procedia de una habitacion situada al otro lado del estrecho pasadizo que unia al nuevo edificio con el antiguo.

La puerta de aquella habitacion estaba abierta, sobre la mesa habia luces, y próxima á la mesa Cutts distinguió un hombre sentado, indudablemente el dueño de la casa; pero no parecia un hombre de edad como Jasper habia dicho.

Aunque inferior á Jasper en fuerza fisica, parecia, sin embargo, un hombre vigoroso. Su apariencia no agradó á Cutts, y salió al campo con algunos presentimientos. Sin embargo, volvió á reunirse con Jasper, y le dijo:

— Hasta ahora todo me parece bien. La casa es silenciosa y tranquila como una tumba; solo hay que abrir una puerta que tiene una de esas cerraduras ordinarias que cualquier colegial podria abrir con un cuchillo.

— O con un clavo torcido, dijo Jasper.

— Si, en buenas manos esa es la mejor ganzúa. Pero ahora tenemos que pensar en otras cosas.

Cutts explicó entonces con rapidez que justamente era aquella la hora de encontrar en la posada de Fawley alguno de los obreros de la casa, que partiria á caballo, entraria en la posada y procuraria adquirir detalles y noticias útiles, tanto sobre las localidades como sobre los criados de la casa.

Se presentaria como un comisionado que iba á la ciudad próxima, y les enseñaria sus folletos y sus periódicos á precio reducido. Despues se volveria á reunir con Losely. Solo tardaria una hora ó dos.

El bravo esperaba dejando pacer su caballo. La luna se elevaba en el horizonte, sus rayos brillaban á través de los árboles é iluminaban de una manera fantástica la antigua casa señorial. Jasper, como hemos visto, no estaba libre de ciertas ideas supersticiosas, y en aquellos últimos tiempos habian adquirido mayor dominio sobre él á medida que los excesos crónicos de la embriaguez habian irritado su sistema nervioso.

El silencio, la soledad y el triste resplandor de la luna le inspiraban miedo. Algunas vagas reminiscencias de los dias de su primera juventud, del amor que le habia profesado su padre, de las alegres sensaciones que habia experimentado en su robusta juventud, de las sonrisas de admiracion y de los cordiales apretones de mano que le habia valido su belleza, su audacia, su orgullo; en una palabra, la conciencia de lo que habia sido en otro tiempo y la perspectiva de su

caida próxima y final, todo esto hacia mas sombríos sus pensamientos, y parecia hacerle sentir el grito del remordimiento.

Pero raro es el hombre que se acusa solo á sí mismo, y Jasper, como hacen muchas personas menos malas sin ruborizarse por su locura, se apresuró á cargar sobre los hombros de sus inocentes semejantes, ó sobre esa cosa misteriosa que los antiguos filósofos y sus modernos plagarios llaman unas veces *circunstancias*, otras *suerte*, otras *destino*, toda la responsabilidad de sus faltas.

Con esta consoladora creencia, viene siempre necesariamente ese gran placer del infierno: la venganza.

« — Yo sufrí por causa de otro hombre ó por ese ser invisible llamado destino ó Creador. »

La consecuencia lógica de este modo de pensar será cometer locura tras locura para vengarse del hombre de quien se queja ó del ser invisible á quien atribuye toda su desgracia. De todas nuestras pasiones, ¿no es la venganza aquella en que mas directa intervencion tiene el demonio? Porque ¿qué es el demonio? ¿Un ser cuya única ocupacion en la tierra es vengarse de Dios.

Jasper no era vengativo por temperamento; era irascible como todos los hombres que son vanos; quimerista, agresivo, turbulento por el impulso de sus instintos; pero la premeditacion de su venganza era extraña á su carácter inconstante y egoista, incapaz de ese sacrificio de sí mismo, tan necesario al odio como al amor.

Guy Darrell fué el que le inspiró aquella pasion que no habia nacido con él. Jasper habia fundado tan grandes esperanzas en su casamiento con la hija de aquel hombre opulento, habia confiado tanto en la influencia de su mujer para obtener su perdón y poder gozar algun dia de sus riquezas; la pérdida de sus esperanzas y la humillacion que habia tenido que sufrir le irritaron de tal modo, que miraba á aquel hombre á quien él tanto habia ofendido, como si él mismo fuera el agraviado. Pero hasta este momento su resentimiento no adquirió la forma de una venganza definida. Mientras tuvo alguna probabilidad de obtener de Darrell el dinero que necesitaba para vivir, habia sofocado sus malos pensamientos siempre que le impelían á satisfacer su rabia sin sacar ningun provecho.

Pero al ver ahora que Darrell rechazaba con tanto desprecio con una obstinacion tan inexorable cualquier clase de concesiones, ahora que ya no podia lograr de él nada si no se lo arrancaba por la fuerza, llamó en su auxilio á la fuerza y á la venganza. Y sin embargo, entre los proyectos que meditaba no pasó por su pensamiento la idea de un asesinato. No, lo que halagaba á su loca imaginacion era la idea de humillar por el terror al hombre que le habia humillado por el desden.

Penetrar en la habitacion de Darrell, encontrarse en medio de la noche en presencia de su orgulloso suegro, verse á solas frente á frente con él y decirle:

— Ahora nadie puede libraros de mi poder; ya no suplico, ahora mando yo y vos tendreis que aceptar mis condiciones.

Ver á aquel hombre abatido por el miedo implorando su piedad, tal era el cuadro en que Jasper Losely se gozaba; hasta el botin de que esperaba apoderarse le halagaba menos que la superioridad que creia iba á adquirir sobre Darrell por medio de la violencia. ¿No es así como de diez asesinatos pasan nueve de la concepcion al acto?

— ¡Oh! ¿Por qué no encuentro á mi enemigo frente á frente, sin que nadie pueda separarnos? dice el hombre que sueña en la venganza.

Bien, pero ¿y despues? La imaginacion se detiene al llegar á esta pregunta, deja caer un velo sombrío, y no se atreve á decir:

— Y bien, despues un nuevo asesinato aumentará el largo catálogo de los crímenes cometidos desde Cain.

Agobiado bajo el fatal pensamiento que le abrumba, todo lo mas se atreve á murmurar:

— Sea, y suceda lo que quiera.

La luna se elevaba cada vez mas en el firmamento. Losely, que tenia los ojos fijos en los pálidos muros de la casa, vió brillar una luz en la habitacion de Darrell, en el piso alto, sonrió ferozmente y murmuró estas palabras:

— Suceda lo que quiera.

Al mismo tiempo se dejó oír en el camino el ruido de las pisadas de un caballo, y Jasper estuvo otra vez al lado de su cómplice.

— ¿Y bien? dijo Jasper.

— Montad á caballo, respondió Cutts. Tengo muchas cosas que deciros caminando. Es negocio imposible, añadió cuando bajaban rápidamente por el sendero. Vos no me habeis hablado nunca de los inconvenientes. En la casa hay cuatro hombres nada menos, dos criados además del amo y su secretario; uno de esos criados tiene armas de fuego y sabe servirse de ellas.

— ¡Bah! dijo Jasper con desprecio. ¿Es eso todo? ¿No valgo yo por cuatro?

— No; eso no es todo. Me habeis dicho que el amo de la casa es un hombre de edad, retirado de los negocios, y me habeis citado su nombre. Pero no me habeis dicho que vuestro M. Darrell es el famoso abogado, el hombre eminente del Parlamento, del cual se ocupan los periódicos hace seis meses.

— ¿Y eso qué significa?

— ¿Qué significa? Significa que el negocio que me

proponéis hará diez veces mas ruido que si se tratase de un viejo y estúpido squire campesino, y por consiguiente será diez veces mas peligroso. Además, por regla general no me gusta tener que mezclarme en nada con abogados y gente de justicia. ¡Con Guy Darrell! General Jas, yo he visto á ese hombre. Un día que fui llamado á declarar en una causa de fraude, me hizo sufrir un interrogatorio confundiéndome con sus preguntas. Al pensar en la mirada que me dirigió preferiría que me aplicasen á la sien una pistola cargada á sufrir otra vez con mis ojos su mirada.

— ¿No lleváis una máscara? Además, no necesitáis verle; yo solo me presentaré ante él.

— No, no. Tal vez le mataríais. No me gustan negocios de esa clase; vuestro plan no me agrada. Yo tengo otro mejor, mas productivo y menos arriesgado. He oido decir que los cuadros de esa galería donde me he introducido valen mucho dinero. Ahora bien, los cuadros de gran valor son muy conocidos, y en el extranjero hay aficionados á formar colecciones que dan por los cuadros de mérito lo que les piden, sin preguntar nunca su procedencia; los tienen encerrados mucho tiempo, y cuando los enseñan el que los ha vendido nada tiene que temer. Eso no ofrece peligro. Si los cuadros son malos, es inútil incomodar á nadie en esa antigua casa. Yo puedo averiguar por los que se dedican á ese tráfico, si los cuadros de Darrell se venderían á un precio elevado, y en ese caso buscar el medio de darles salida para el extranjero. Esto exige algun tiempo; pero el negocio bien vale la pena.

— Yo no quiero esperar, dijo Jasper irritado; sois un cobarde. He resuelto penetrar mañana por la noche en la habitación de ese hombre, y mañana le veré de rodillas á mis pies.

Cutts se volvió rápidamente sobre su silla, y á la luz de la luna examinó el semblante de Losely.

— ¡Ah! ya comprendo, dijo; para vos se trata de algo mas que de un robo. Vos tenéis algun sentimiento de odio ó de venganza. ¿Os ha ofendido ese hombre?

— Me ha tratado como á un perro, dijo Jasper; y un perro puede morder.

— Os he oido hablar algunas veces de un rico pariente, sobre el cual queríais hacer valer algunos derechos. ¿Ese será Darrell?

— El es, y escuchad, Cutts; si intentais fracasar mi proyecto os retorceré el cuello. Y supuesto que ya he hablado de este asunto mas de lo que debía, os diré mas aun: no creo que la cosa ofrezca tanto peligro como vos decís; porque yo no tengo de ningun modo la intencion de verter la sangre de Darrell, y creo que él no querrá tampoco verter la mia.

— Pero puede haber una lucha. ¿Y entonces?

— ¡Y bien! Entonces... hombre á hombre...

Nada mas dijeron. Ambos jinetes espolearon á sus cabalgaduras, cuyas herraduras hacían saltar chispas al chocar contra las piedras, y en su rápida carrera, ya á la luz de la luna, ya á la sombra de los árboles, el rostro de marcadas facciones de Losely, otra vez hermoso y ahora horrible, adquiría una expresion mas formidable bajo la sombra, y el semblante de su escudido camarada, semejante al de un duende, parecía mas fantástico bajo el resplandor de la luna.

Cuando llegaron á la ciudad próxima, Cutts, escuchando la voz de la prudencia, había tomado ya su resolución. El descubrimiento de que en la empresa que Losely le había propuesto era el objeto principal una venganza, fué bastante para decidirle á no mezclarse en aquel negocio; porque Cutts seguía la regla de no mezclarse en ninguna clase de operaciones en las cuales interviniesen violentas pasiones, especialmente en cuestiones sobre parientes, donde siempre son los mediadores los que mas tienen que perder.

Viendo á Jasper furioso, y considerando que la rábia del bravo podía volverse contra él, en la convicción de que todo lo que pudiera argüirle sería inútil, creyó prudente disimular.

Cuando llegaron á la posada y se sentaron para beber un vaso de agua con aguardiente, Cutts volvió á seguir aquella conversacion, aparentó ceder gradualmente á los razonamientos de Jasper, concertó con su camarada el plan de operaciones para la siguiente noche, y mientras hablaban tuvo cuidado de echarle sin cesar aguardiente.

Al día siguiente Cutts se marchó antes de salir el sol, llevándose el saco con los instrumentos y papeles. De buena gana hubiera llevado los dos caballos; pero el mozo de la cuadra estaba incomodado por haber tenido que madrugar tanto, y acaso se hubiera negado á dejarle que se llevara el caballo de Jasper, sin una orden de este último. Cutts, sin embargo, encargó al mozo que no dejara de decir al gentileman, cuando se marchara, que su amigo Cutts le aconsejaba que no emprendiera de ningun modo el negocio de los toros.

Cuando Cutts llegó á Londres, se dirigió en seguida á la casa que Mrs. Crane ocupaba enfrente de la de Jasper; pero Arabela habitaba entonces en Podden Place, y no había dejado las señas.

Sin embargo, Cutts, al entrar en su casa, encontró una carta en la cual aquella mujer le decía que si quería verla la encontraría en su antiguo domicilio aquella noche á las nueve y media, porque, como puede calcularse, despues de haber esperado en vano la prometida visita de Jasper, supo que este había abandonado su casa, y en su natural impaciencia quería que Cutts le dijese si sabía su paradero.

Cuando Cutts fué á verla á la hora indicada y la enteró de lo que pasaba, Arabela Crane reconoció al punto todo el peligro de aquella arriesgada empresa que se había negado á emprender aquel hombre prudente.

Cutts no pudo tranquilizarla diciendo que Jasper al verse solo no tendría mas remedio que abandonar su proyecto ó aplazar por lo menos su ejecución, porque el solo, á pesar de su loca temeridad, nada podía hacer.

Como el único objeto de su vida era salvar á Losely de la justicia, no quería denunciar el crimen que proyectaba, y se encontraba sin saber qué partido tomar, cuando afortunadamente se le ocurrió la idea de recurrir al coronel Morley.

Dadas estas explicaciones, volvamos á Jasper. Tardó mucho en levantarse aquella mañana, y como le sucedía generalmente cuando se levantaba, sus ideas eran confusas, ya porque hubiera bebido mucho por la noche, ya por el aturdimiento que el sueño deja en el cerebro.

Así fué que al principio no quería creer que Cutts hubiera renunciado á aquella empresa, figurándose que con su habitual prudencia, aquel Ulises de la profesion, había ido á adquirir nuevos informes en los alrededores del sitio donde debían poner por obra su proyecto, no salió de su error hasta por la tarde.

Cuando se paseaba impaciente por delante de la cuadra, el mozo, que contemplando su fuerza muscular y su alta talla le tomó por un robusto ganadero del Norte, le trasmitió el alegórico consejo de Cutts, de que no se ocupara del negocio de los toros.

Abandonado de aquel modo, Jasper se adhirió con mas fuerza á su proyecto, concentrando todas sus facultades en su ejecución, que debía ser mas sencilla y mas enérgica. Su primer pensamiento, cuando concibió el plan del robo, había sido presentarse á Darrell disfrazado y enmascarado.

Sin embargo, aun antes de que Cutts le abandonara, la esperanza del botín se había subordinado en su mente al deseo de un triunfo personal, y al ver que Cutts le había dejado solo, llevándose los medios de disfrazarse, le regocijaba el pensamiento de que su designio no tendría nada de lo que caracteriza un robo vulgar.

Nada de máscara; se presentaría con la faz descubierta. Segun lo que Cutts le había dicho de la facilidad con que podía penetrarse en la habitación de Darrell, no era tan necesario un cómplice, y además, modificado su plan primitivo, no tenía necesidad de la ayuda de nadie para llevarse el producto del robo. Darrell aceptaría todas sus condiciones, como una guarnicion sorprendida acepta las condiciones del vencedor.

No tendría necesidad de huir ni de ocultarse, ni debía temer que le detuviesen los billetes de banco cuando se presentase á cobrar. Saldría de aquella plaza con el puño en la cadera, despues de haber sacado su botín, con todos los honores de la guerra.

Gozándose en su próximo triunfo, salió á dar un paseo por aquella ciudad al anochecer, compró algunos clavos estrechos y largos y un martillo pequeño, regresó á la posada, se encerró en su cuarto, y con la ayuda del fuego, las tenazas y el martillo, dió á aquellos clavos con la habilidad de un hombre práctico en aquel ejercicio, la forma adecuada para el objeto.

No cogió armas; en caso necesario confiaba en la fuerza de su brazo.

No era un ladrón desconocido, disfrazado, el que iba á introducirse de noche en una casa habitada; su visita sería la de Jasper Losely, squire, que sin ceremonias y á una hora algo intempestiva en verdad, iba á la casa de su suegro.

Y poniendo las cosas en el caso mas desfavorable, si no encontraba á Darrell, ó si no podía verle á solas, ó el dueño de la casa alarmara á los criados con sus gritos, la prueba de que no llevaba intenciones hostiles sería presentarse desarmado.

Cuando llegó la noche montó á caballo, pero apartándose del camino esperó por espacio de dos horas para dejar pasar el tiempo del festín de los arrendatarios, y que la casa se quedara desierta.

Por último, cuando juzgó que toda debía reposar en el sueño de la noche, se dirigió hácia Fawley, y al distinguir la torre de la iglesia echó pié á tierra, dejó su caballo atado á un tronco en uno de aquellos bosques de hayas, tan frecuentes en aquel país, y se dirigió á pié hácia la empalizada.

Ligero y silencioso como un lobo que penetra en un redil, pasó el cercado y llegó al sombrío edificio; solo se veía luz en la ventana de la habitación de Darrell; el resto de la casa estaba envuelto en la oscuridad, indudablemente dormían todos.

Ya está Jasper dentro del nuevo edificio, sube la escala, se encuentra delante de una puerta cuya cerradura cede bajo la presión de aquellos rudos instrumentos manejados por una mano hábil, y entra en la larga galería iluminada por los rayos de la luna que penetran por las grandes ventanas.

¿Qué de riqueza de obras artísticas en aquellas paredes! Pero qué utilidad pueden tener para un ladrón? Por aquellos salones que el propietario hizo construir en sus días de ambición, diciendo para sí: « Esto será para mis descendientes, » avanza Jasper con violencia, tal vez amenaza la muerte al hombre desgraciado á quien el cielo ha privado de hijos.

La última puerta cede sin ruido, quedando franco el pequeño corredor de madera, especie de puente lé-

vadizo entre el antiguo y el nuevo edificio. La puerta de la habitación de Darrell está entreabierta; sobre la mesa hay luces, en la chimenea arden algunos troncos, Losely mira con precaucion; Darrell no está allí; la habitación está desierta; pero la puerta opuesta está tambien abierta. Losely presta atento el oído, y siente un ruido ligero de pasos en la habitación del piso de abajo, á la cual daba acceso la puerta opuesta. El ladrón se desliza sin ruido en el gabinete, cierra la puerta por donde ha entrado y se guarda la llave en el bolsillo; despues se dirige á la chimenea, á cuyo lado está el cordon de la campanilla, como en las casas montadas á la antigua.

Losely mira en torno suyo, encuentra encima de la mesa un cortaplumas, lo coge, corta el cordon á una altura adonde no puede alcanzar Darrell, y lo arroja.

En la chimenea no se encuentra ningun instrumento, del cual, en caso de necesidad, pueda hacer uso el dueño de la casa como de un arma ofensiva, solo ve unas tenazas de cobre muy ligeras y una paleta igualmente ligera. Sin embargo, Jasper las oculta detrás de un pesado y antiguo armario.

Ya se siente mas próximo el ruido de las pisadas, Losely se oculta entonces en un ángulo detrás de la chimenea.

Darrell apareció con un libro en la mano; había salido de su gabinete para buscarlo. Aquel volumen contenía las últimas actas del Parlamento, relativas á algunas disposiciones legislativas que debía consultar para asegurar á su nación los objetos de la galería de antigüedades en nombre de su padre.

Darrell se dirigió á la mesa situada en el centro del gabinete, puso encima aquel libro, y exhaló un suspiro, el suspiro de impaciencia que se había hecho en él habitual.

El ladrón salió sin hacer ruido del sitio donde estaba oculto, se dirigió á la puerta por donde Darrell había entrado y que estaba detrás de él en aquel momento, la cerró rápidamente y se guardó la llave en el bolsillo, como había hecho con la de la otra puerta. Aunqué solo hizo un ruido muy ligero, aquel ruido sacó á Darrell de su meditacion. El dueño de la casa se volvió vivamente, y vió al ladrón que se acercaba.

Darrell comprendió al punto el peligro que le amenazaba. Con su rápida mirada observó todas las precauciones que aquel miserable había tomado para poner por obra su infame proyecto; la puerta cerrada, el cordon de la campanilla cortado. Entre aquellas cuatro paredes, debía pasar en secreto su entrevista con aquel hombre desesperado.

Sin embargo, desarmado como estaba, no temía nada de aquel miserable. Losely contaba con su fuerza física, su desesperacion, su destreza y su sed de venganza; Darrell tenía en su favor la inteligencia que da la presencia de espíritu, la energia nerviosa que circulaba invisible como un fluido por sus venas, y ese orgullo que domina el miedo, porque el miedo es una deshonra, que hace natural el valor, porque es un honor ser valiente.

Al ver que Losely se aproximaba, Darrell, con la mayor serenidad, pasó al otro lado de la mesa, interponiendo aquel obstáculo entre él y su adversario, y extendiendo el brazo, dijo:

— Deteneos; os prohibo que deis un paso mas. Habéis venido, no me importa saber de qué modo, para volver á presentarme vuestras reclamaciones. Sentaos y os escucharé.

La calma de Darrell sorprendió á Losely de tal modo, que obedeciendo á aquel mandato se dejó caer maquinalmente en una silla, lanzando sobre su adversario una mirada siniestra.

— ¡Ah! exclamó, ¿consentís ahora en escucharme? Mis exigencias son ahora mayores.

Darrell, que se había sentado tambien, no respondió; pero su semblante expresaba la resolución y su mirada la vigilancia.

El ladrón repitió con mas aspereza:

— Mis exigencias son ahora mayores.

— ¿Son mayores? ¿Y por qué?

— ¿Por qué? Porque nadie puede venir á defenderos, porque aquí no podeis huir, porque estais á merced mia.

— Decid mas bien que os escucho porque estais en mi casa, porque os tengo en mi poder.

— ¿En vuestro poder? Mirad: las puertas están cerradas. Quizás creais que con vuestros gritos podreis hacer que vuestros criados vengan á defenderos; pero intentadlo, levantad la voz y os ahogaré entre mis brazos.

— Si no levanto la voz, es, en primer lugar, porque me daría vergüenza pedir auxilio contra un hombre solo; y en segundo lugar, porque no quiero exponer á la mirada de mis criados al asesino á quien mi desgraciada hija llamaba esposo. Hablad vos mas bajo, no alarmeis con vuestra voz á los que duermen. ¿Y ahora qué pedís? Explicaos, pero sed breve.

— Muy bien; ninguna objecion tengo que haceros, ya que tomáis las cosas con esa sangre fria. Hé aquí mis condiciones. Hoy habeis recibido sumas considerables; esas sumas están en vuestra casa, tal vez en ese armario; y vuestra vida está en mi poder.

— Hablais del dinero que he recibido hoy de mis arrendatarios. Es cierto, está en mi casa; pero no en este gabinete. Otra persona lo ha recibido y lo ha guardado. Aunque recorrierais toda la casa no podríais encontrar el sitio donde se encierra, y para eso tendríais que pasar por la puerta del cuarto de un criado que tiene un sueño tan ligero que os oiria in-

dudablemente, y ese criado está armado con una escopeta y pistolas. Vos me decís: « La bolsa ó la vida, » y yo os respondo: « Ni lo uno ni lo otro: si intentais apoderaros de mi dinero morireis. »

— ¡Hombre avaro! ¿Queréis hacerme creer que no guardais vos ese dinero? Pues bien, si es así, llevadme al sitio donde se encuentra. Yo os llevaré cogido por el cuello, y si vuestros criados despiertan, si algun peligro me amenaza, vos me salvareis ó morireis. ¡Ah! ¿decís que no me temeis, M. Darrell?

Y Losely se levantó.

— No os temo, replicó Darrell, que permanecía sentado. No puedo creer que hayais venido aquí para cometer un asesinato sin ningun provecho. Decís que habeis venido aquí para dictarme condiciones, tiempo será de ver cuál de nuestras vidas peligrará, cuando las hayais expuesto.

(Se continuará.)

Eugenio Bœltz.

La semana última publicó el *Journal officiel* el nombramiento de caballero de la Legión de Honor del sargento mayor Bœltz, en recompensa de su conducta en el fuerte de la Petite-Pierre, durante la guerra contra la Prusia. Hé aquí el retrato del joven sargento, que en aquellas circunstancias difíciles dió pruebas de inteligencia y de energía, cuando tantos oficiales superiores en igual ocasion dieron el ejemplo contrario. Juan Bautista Eugenio Bœltz, hijo de un capitán de aduanas, nació en Volmerange, distrito de Metz, el 22 de mayo de 1843. Se educó en el colegio de Pontarlier. Alistado de voluntario en el 3º de zuavos á la edad de veinte y un años, hizo varias campañas en Africa y pasó al 96º de línea donde ascendió á sargento mayor en 1868. En calidad de tal se hallaba en agosto de 1870 en la plaza de la Petite-Pierre, cuya guarnicion se reducía á 33 hombres del 96º mandados por el capitán Mouton. El jefe de tan escasas fuerzas pidió al general de Failly un refuerzo que le fué negado; y despues de esta negativa, sea por enferme-

dad, sea porque estuviere herido, el capitán Mouton fué trasladado á Phalsbourg, y el sargento mayor Bœltz quedó encargado del mando del fuerte.

El 9 de agosto se presentó el enemigo al frente de la plaza y pidió la rendición. El sargento mayor no quiso rendirse; mandó enterrar los cartuchos y echar la pólvora al agua; y luego, á la cabeza de aquel puñado de hombres, evacuó la plaza, logró librarse de la persecucion del enemigo y llegó á Phalsbourg, donde dos veces figuró en la orden del día, por haberse distinguido, primero cuando el bombardeo, y despues

Eugenio Bœltz, sargento mayor del 96º de línea, comandante de la plaza de la Petite-Pierre, durante la guerra.



en el ataque de la aldea de Buchelberg, donde hizo dos prisioneros. Hecho prisionero él á su vez en la capitulacion de Phalsbourg, fué llevado á Stettin, y no volvió á Francia hasta el mes de abril de 1871.

Tal es en su sencilla y verdad la historia del sargento mayor Bœltz.

Los periódicos que se dicen bien informados han dicho que los habitantes de la Petite-Pierre habian ofrecido un sable de honor al joven sargento, y que habia tenido el honor de ser convidado á comer por el presidente de la República. Nada de esto es cierto. Eugenio Bœltz no viste ya uniforme, sino que ha dejado el servicio y habita actualmente en Besançon, donde desempeña en un estudio de notario.

P.

Los baños de mar

DE CHERBURGO.

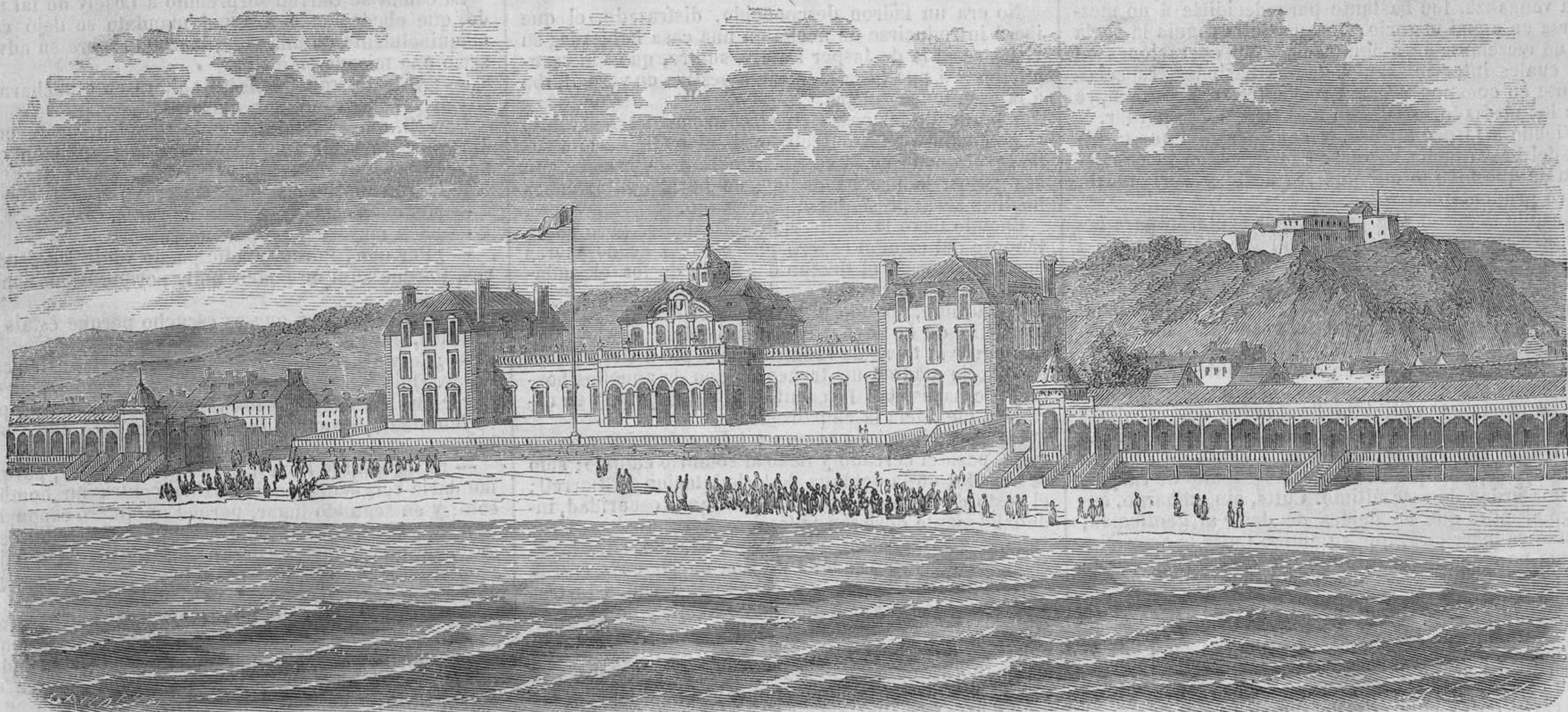
Continuando la série de establecimientos marítimos frecuentados por los parisienses durante el verano, vamos á decir hoy dos palabras acerca de los baños de mar de Cherburgo.

Cherburgo está destinado á ser el *Brighton* francés, esto es, el punto de reunion mas aristocrático, gracias á su playa de suave arena, á su situacion en medio de una bella campiña, á su majestuoso puerto y á su dique, « la obra mas maravillosa que ha salido de manos de los hombres. »

El establecimiento, inaugurado hace pocos años, es de un estilo tan gracioso como elegante.

Cherburgo tuvo en otro tiempo sus baños de mar como sus carreras de caballos; pero ambas cosas desaparecieron por motivos idénticos; su mucha distancia de los grandes centros y la ausencia de buena direccion. Ahora es diferente. Desde la creacion del establecimiento que representa nuestro dibujo, se han hecho esfuerzos coronados con el mejor éxito, y cada año aumenta considerablemente el número de bañistas.

H. C.



CHERBURGO. — Nuevo establecimiento de los baños de mar.